

N A M A

S U E N O

Pieza en un acto y dos escenas

por

C. E. Zeveleta

Madrid, 1980

ESCENARIO

Petio de una rústica casa de dos pisos, en un pueblo de la sierra de Ancash, Perú. Al fondo, el zaguán que da a la calle (apenas visible en un extremo). A la derecha, dos puertas, una al comedor y otra a los dormitorios; a la izquierda, el vano sin puerta de la cocina y más allá la pequeña verja del establo. Como únicas muebles sobre el piso desnivelado de tierra, un trípode con levatorio, un jarro grande de agua, y una banca larga y desnuda. En uno de los pilares que sostienen el segundo piso, se ha colgado un espejo y en otro la tohella. Del segundo piso cuelgan sobre el petio jermones serranos, estribos, jotas, monturas para caballos y aparejos para burros. Época: década de los cincuenta.

PERSONAJES

ALFONSO, joven universitario limeño, hermano de Cecilia.

LUCAS, dueño de casa, hombre basto de unos cuarenta años, de carácter firme aunque bondadoso; aparece en pantalones de montar.

CECILIA, esposa de Lucas, más joven que éste; mujer despierta y satisfecha de vivir.

ADEGUNDA y ROSAS, niñas de ocho años y adolescente de catorce, respectivamente; hijos de Lucas y Cecilia.

CORINA, mujer india, de unos cincuenta años; no habla bien el castellano, pero tampoco comete demasiados errores de construcción o dicción. Descalza, usa faldas de color oscuro, hasta el suelo, y una blusa o "monillo" de tonos muy vivos. Su traje anticuado y modesto contrasta con los modernos de los demás personajes.

ESCENA PRIMERA

(ALFONSO pesa por el petio y LUCAR sale de los dormitorios).

ALFONSO.- Buenos días, cuñado. ¡Brrr, qué mañana tan fría, menos mal que el sol brille como en las películas del oeste! ¡Y esas nubes tan increíblemente blancas sobre el cielo azul! ¿Cómo se llaman, cúmulos, cirros...? Los costeros sabemos poco de nubes. ¡No me digas que ves o quiterite lo campo...? ¿Con este frío? ¿Y la camiseta también...? ¡Increíble! ¿Cómo puedes soportarlo? Estamos casi a cuatro mil metros de altura y sin duda a unos dos o tres grados sobre cero. ¿No lo sientes...? ¿Y todavía te ves a lever así, a la intemperie...?

LUCAR.- Pues sí, ¿por qué no? El frío es un gran tónico para nosotros. Sin este clima no se hubieran hecho tantas cosas en la sierra...

ALFONSO.- Pero al menos el agua estará siquiera tibia... A ver...

LUCAR (engorronándose la cara y los ojos).- Muchacho, el agua es lo mejor que tenemos aquí, junto con el pan y la leche, claro.

ALFONSO.- ¡Pero si estás casi congelado! ¡Te apuesto a que le faltaría poco para convertirse en un adoquín! ¿No tendrás por ahí un termómetro?

LUCAR (riendo).- No, jovencito, nadie tiene termómetros en un pueblo serrano. Son cosas refinadas e inútiles de la costa.

ALFONSO.- Bueno, pero se puede calentar el agua; no tienes más que llamar a la sirvienta, ¿cómo se llama?, Culi...

LUCAR.- ¡Cullli! El quechua es más dulce; es un diminutivo

de Corina. Y ella no es nuestra sirvienta, sino nuestra muchacha; así le llamemos aunque tenga cincuenta años...

ALFONSO.- ¡Pues pídele a Corina que traiga agua caliente!

LUCAR.- Se me reiría en las narices, como si yo estuviera enfermo o fuere uno de esos de sexo equivocado, como hay muchos en la costa y que debes conocer bien... digo, de visita... ¿No me dirás que te lavaste con agua caliente en la pensión?

ALFONSO.- Claro que sí.

LUCAR.- ¿Y qué te dijo la muchacha?

ALFONSO.- Se rió, pero me lavé con un agua deliciosa. A propósito, ¿no hay en el pueblo otra pensión, que tenga un espejo, así sea rudimentario y más o menos parecido, aunque fuese de lejos, o... una ducha?

LUCAR.- No, Alfonso, te lo dije ayer. Hay una sola pensión, la de la Puerta Julia, donde te hospedas, pero sin ducha. Los otros dos son posadas para indios, unas pesumbres donde los pobres duermen en el suelo, pero también pegan por ello, como cualquier cristiano. (LUCAR termina de arreglarse).

ALFONSO.- Pero ¿sabes? Ahora que veo vestirme en pleno petio, gozando de este aire puro, y cuando pienso que estoy lejos de la oficina, a cientos de kilómetros, la vida acá no me parece tan mal. ¿Por qué no damos un paseo antes del desayuno?

LUCAR.- Lo siento, yo no me paseo nunca; debo ir a la escuela. Además, tendrías que cambiarte esos zapatos.

ALFONSO.- ¿Qué pase con éstos? Me costaron un plattel en el Jirón de la Unión. Son ingleses, ni siquiera limeños.

LUCAR.- Aquí éstos no resisten una caminata. Y también tendrías que quitarte la corbata, y esa camisa fina, hay mucho polvo...

ALFONSO.- ¡Quítame todo! ¿O sea que nade de lo que uso vele para tí? ¡Corambé! Pareces presidente de un club de pelogruenos. No se deje pasar a nadie sin el traje adecuado. ¿Y para qué cambiarse? ¿Para que se vean los burros y arrieros por el camino a La Pompe? ¡Ni siquiera vi subir a un autobús por ese troche del diablo!

LUCAR (sin enojarse).- Ese troche es lo único que nos dejó la gentusa de Huerz y de Lima, que sin duda conoces muy bien... digo, de viste... ¿Y sabes por qué? Porque la partida especialmente girada para construir la carretera fue a parar a los bolsillos de los pelogruenos. Dicen que se equivocaron al medir la distancia entre La Pompe y Coron-go, no sabían usar el metro, los pobrecitos, y que ahora necesitan nuevos fondos. Lo dicho, estamos esperando más plata del Gobierno porque el camino acabó en el bolsillo de los notables. Igual que siempre, como en los terremotos, cuando las bolsas de ropas, víveres y mentes se quedan en casa de los ricos. ¿Eres peruano?

ALFONSO.- ¡Qué pregunta!

LUCAR.- Entonces no me explico qué te pase, no conoces tu propio país. Batemos sin desayunar y hablamos de eternidades sin remedio.

(CORINA sale con una pequeña mesa en brazos, que coloca a un costado, sirviendo el desayuno compuesto de un plato de sopa, una taza de café y un pan sin mantequilla. ESDRAS entra feliz y corriendo).

ESDRAS.- Buenos días, mamá Calli; buenos días, papé; buenos días, tío Alfonso. Yo te ayudo, mamá Calli; traeré el pan y el azúcar.

ALFONSO.- ¿Cómo, también vamos a desayunar aquí afuera, al resaca?

LUCAR.- ¿Y por qué no? ¿O no tienes hambre? En este caso no se exige a nadie; si no quieres...

ALFONSO.- Por supuesto que quiero. Tienes razón. ¡Qué mejor desayuno que el servido bajo este cielo! Aunque sigue haciendo frío ¿verdad?

ESDRAS.- ¿Frío? Pues yo no siento ni hostia.

(Entre CECILIA y se sienta silenciosamente a la mesa).

ALFONSO.- Buenos días, hermano... Qué celledito. ¿Sucede algo?

CECILIA.- Oh, perdón, Alfonso, buenos días... ¿Ya volviste de la chacre, merido?

LUCAR.- No, me levanté muy tarde y me entretuve conversando con Alfonso. Pero en un ratito más me voy.

ALFONSO.- ¿Cómo, sopo en el desayuno..?

LUCAR.- Sí, sopo de ervejes y con huevos escalfados dentro. Es un plato delicioso, los indios le llaman ceshqui. Pero, déjelo si no te gusta, ya Esdres se lo despachará en un sentiemén.

ESDRAS.- Sí, tío, pásamele.

ALFONSO.- Si no lo digo por eso... Le proberé, si ver, pues sí, esté muy rico... (CORINA sigue sirviendo la mesa).

CECILIA.- Oye, Lácer, mi viejo lindo, no sé qué hacer con Adegunde.

ALFONSO (riendo).- ¡Vaya nombre, Adegunde..!

CECILIA.- ¡Por favor, Alfonso, te portes como un niño! Desde ayer estás criticando ese nombre antiguo y castizo. No es quechua, por si acaso. Lo que importa es su salud, no su nombre.

ALFONSO.- No es pere tanto, hermano...

LUCAR.- ¿También lloró anoche?

CHICILIA. - Otro larguísimo concierto, y yo sin
fuerza para sostenerlo. Menos Chicilia, no podrías lle-

ellos, se morirían de hambre tocando de portón en portón, y no hablen del psiquiatra cobalgando por la puna y tocando las chozas. ¿Tocando qué, vamos a ver, si las chozas de peje no tienen puertas? Sus honorarios tendrían que ser pagados en huevos, o en cuyes, o en queso. ¡Psiquiatras...! (Se le).

ALFONSO.- Bueno, perdón, sigo desbarrendo este meñene. Quise decir si no han consultado a un médico, o cualquier médico.

CECILIA.- Acá no hay médicos, querido hermano, ni tampoco farmacias. Hemos firmado muchos memoriales pidiendo los dos cosas y la respuesta ha sido enviar una vez cada seis meses al médico de Cebena. Cuando finalmente llega, hay una cola tan larga en su puerta, que muchos nos damos por vencidos antes de acudir.

ALFONSO.- ¿Y qué haces si necesitas un remedio?

CECILIA.- Tenemos la tienda de un "curioso", que receta y vende algunos productos.

ALFONSO.- ¿Quieres decir un curandero?

CECILIA.- Fue él quien nos recetó bañarle con flores a la intemperie.

ALFONSO.- ¿Con flores...? ¿Y qué efecto puede producirle? Un simple acto de brujería, un conjuro del Mal, una lucha simbólica contra el Enemigo...

CECILIA.- Pues ni creas. Pareció mejorar y que el susto le hubiera disminuido; pero en eso se cayó del caballo y volvió a empeorar.

(CORINA se ríe burlosamente).

ALFONSO.- ¿Y tú, de qué te ríes?

CECILIA (en voz baja).- No te metas con ella, no la molestes.

ALFONSO.- ¿Por qué tantos miramientos?

CECILIA.- No sé qué haré sin él. Quiero que esté contento.

ESDRAS.- Yo terminé, mamá Culi. Lléveme a jugar.

CORINA.- Sí, niño, pasearemos por el pueblo. (Lo hace montar sobre sus espaldas).

CECILIA.- Pero que el chico no se escarque el río, por favor.

CORINA.- Yo esté curado, niña. Yo no tiene miedo.

ESDRAS.- Claro que no, mamá; eso fue antes. Vamos a llevarnos a Adegundo ¿ye? (Sale CORINA y ESDRAS).

ALFONSO.- No sé si estoy equivocado, Cecilia. La vida en la sierra es distinta, por supuesto; pero no olvides que Corina es una analfabeta y que sus costumbres son casi absolutamente indias. ¿No crees que debieras buscar otro para mis sobrinos? No digo que te deshagas de él, sino que conserve, por ejemplo, su empleo de cocinero o lavandero, nada más. Los chicos se lo pasan con él todo el tiempo.

CECILIA.- Pero ése es justamente una suerte ¿verdad? Si no fuera porque los cuida bien, no podría dedicarme a otros menesteres de la casa. Aquí todo es diferente de Lima. Los víveres hay que comprarlos en la chacra misma, para que resulten buenos y baratos, o en las casacas de los hacendados, que sustituyen a las tiendas. La fruta y las verduras, en la huerta de don Cayetano; los papas, en la chacra de la viuda doña Hermenegilda; la carne, especialmente corderos, lechones y cebritos, en el camel que el señor Bernuy ha improvisado en su corral; y el pan y rosces y bizcochos, en el horno de don Julián. Y para todo eso necesito tiempo, pues además debo recibir el trigo, centeno y farrejo que me manda Lúcar desde nuestra chacra y que debo almacenar en el terrado; de vender estas cosas vivimos nosotros. Y no te digo nada de

cuidar a los caballos, gallinas y chanchos del pesebre. Claro que me ayude otros sirvientes; pero las cosas deben salir tan bien como le gustan a mi marido.

ALFONSO.- Te entiendo, llevar una casa, o una especie de granja, no es fácil. Pero me refiero a otros cosas, a ese... gran intimidad... a ese cariño filial que parecen sentir los chicos por Corina...

CECILIA.- ¡Pues lo mereces! ¡Es tan bueno, honrado y trabajador! ¡Es mi brazo derecho!

ALFONSO.- Pero, ¿no te parece demasiado que tus hijos..., en fin, perdóneme la franqueza, que tus hijos duerman con una... india? No tengo prejuicios raciales, pero no se le ve muy limpio que digamos.

CECILIA.- Sí, antes de pasar a sus cenas, los chicos se escuestan un rato con ella.

ALFONSO.- ¡Pero ella duerme en el suelo, sobre un pellejo...! Piense, Cecilia. ¿Pero esto nos venido a la sierra, pero que tus hijos contraigan una serie de enfermedades?

CECILIA.- No olvides que he venido a la sierra a pintar y que Lúcer heredó esta casa.

ALFONSO.- Y tú no me ves decir que esa mujer se bañe alguna vez.

CECILIA.- Claro que sí, en el río.

ALFONSO.- El río está horriblemente sucio. La otra noche estaba tan oscuro que me equivoqué de cuarto y tropecé con un bulto del suelo y me caí encima. ¿Y qué hallé, vamos a ver? A esa india y a tus dos hijos formando un ovillo sobre el pellejo. Cinco minutos después ya sentía unos pulgas por el cuerpo.

CECILIA.- Basta, no exageres. Eres mi hermano y te quiero, pero si ves a criticar nuestra casa y nuestra servidumbre,

sería mejor que te mercheres.

ALFONSO.- Abre los ojos, mujer. Eso no es lo más grave. Durmiendo con ella, en su seno, siendo abrazados y cuidados desde darles el pecho hasta pasar todo el día juntos y tumbarse por la noche en el mismo pellejo, los chicos perderán su cariño hacia ti. Ella te robará su efecto, tarde o temprano.

CECILIA.- Si no fuera una india, lo creería; pero justamente Corina es inepidez de pretender sustituirme.

ALFONSO.- ¿Por qué estás tan segura?

CECILIA.- Porque he sido ama de mi marido y ya ves los resultados. Lácer me adora y soy muy feliz con él.

ALFONSO.- ¿Que también crió a Lácer...? ¡Vaya noticia...! ¿O sea que el hombre rudo y fuerte de ahora fue alimentado con leche de esa india, y durmió sobre una cama de pellejos de cernero con su madre postiza hasta los... ¿hasta qué edad, hermano?

¿Hasta qué edad durmió tu marido con Corina...?

CECILIA.- ¿Qué insinúas? Hasta los quince o dieciséis, es la costumbre en el pueblo.

ALFONSO.- ¿Y te parece bien? Hablas de este pueblo o quizá de una parte de la sierra, pero no es una costumbre de toda la región, ni menos nacional. Según los últimos avances de la pedagogía, se recomienda que los niños se liberen lo más pronto posible de tutelajes o lazos aberrantes, incluso de esos amores excesivos de algunos padres que ahogan ceríficamente a sus hijos. Todo vínculo en la infancia es poderosa y se vuelve casi eterno en la vida de un hombre. Hay que cuidar las influencias que recaigan sobre él. Y en el caso de amas y nodrizas, la madre no debe permitir que sus hijos dependan demasiado de ellas. Hay que vigilar los efectos, mujer,

el ser humano se encierra fácilmente.

CECILIA.- Hablas como un profesor engreído y tonto, querido hermano. Hay cosas más profundas que esas normas de pediatría superficial. Respecto a los niños de la sierra, hay influencias sobre ellos que no son humanas, que provienen de la naturaleza, de la tierra y del agua, fuerzas reales que se manifiestan en los terremotos y aluviones, y aún más en las noches lóbregas. Recuerda, aquí no hay luz eléctrica y la oscuridad de las noches es hermosa para los adultos, pero temible y misteriosa para los niños; y en los aguaceros interminables, parece que la lluvia te va a disolver a ti mismo, y ves a desembocar tú, sí, tú, en un río caudaloso que se comen los dentellados huertos y sembrados... Para moderar esas influencias, para restablecer el equilibrio entre la naturaleza y el hombre, así como en los entierros ecudinos a los llorones indios que comparten nuestro dolor, que de otro modo nos ahogarían, así también para criar a los niños recurrimos a las amas indias, las únicas en el mundo -sí, lo sé, he viajado tanto como tú fuera del país- que se entregan en cuerpo y alma a los hijos ajenos y los cuidan no sólo de caídas y peligros normales, sino de peligros invisibles, sutiles, éreos... ¿Para qué seguir? Se ve que no me entiendes...

ALFONSO.- No hay mucho que entender. Las cosas son claras. En tu casa hay otra mujer, y todavía primitiva, sucia, vieja y fea, que desde que tu marido tenía dieciséis años...

CECILIA.- ¡Y vuelves a insinuarlo...!

ALFONSO.- Las cosas claras, he dicho. ¿Qué sucede en una casa, así sea de pellejos de cordero, donde se acuesta una mujer, que en ese tiempo tendría unos veinticinco años, con

un adolescente de dieciséis, en pleno desarrollo y con enormes ansias de descubrir el otro misterio del que te olvidas, el sueño permanente de los que ya no son niños, ese corriente turbadora y poderosa: la mujer, Cecilia, la mujer aún desconocida, hacia donde todos los adolescentes del mundo avanza inexorablemente, para desnudarlos, para penetrarlos con...

CECILIA (lo abofetea).- ¡Cállate, mal pensado! ¡Beste ya! ¡Estás en mi casa y me ofendes!

ALFONSO.- ¡Despierta tú, ingenua! ¡Abre los ojos! No sólo ese indie ha sido o es la amante de tu marido, sino que tú misma te abandonarás, te perderás sin remedio en este pueblo sin futuro, sin progreso alguno, sin electricidad, sin cuartos de baño, sin hoteles, sin deliciosas duchas tibias que te recorran el cuerpo, sin pistas donde aprietes el acelerador a fondo y te escapes hacia tierras nuevas o tomes el avión para conocer el mundo entero...

CECILIA (sentada, cabizbaja).- Beste ya, te lo digo sin cólera alguna. Cállate y vete. Déjame sola.

ALFONSO (pretende escariciarla).- Perdóneme, no quise llegar a tanto...

CECILIA (se pie).- Lo dicho, vete o grito. Oscuridad.

(ALFONSO sale).

ESCENA SEGUNDA

El mismo escenario. Anochece. Dos camas pequeñas y gemelas en el corredor. Luces de velas y lamparinas de kerosene.

ESDRAS (entre arrestando dos pellejos de cernero, que tiende por el suelo).- Ven, Mamá Culli, vamos a echarnos aquí.

CORINA (entre con Adegunda en brazos; le niña chille, peteleo, como presa de un ataque de nervios. CORINA le domina primero por la fuerza y luego dulce y tiernamente, susurrándole en quechua y castellano; finalmente le cante).- Eso es, mi niña, así...

ESDRAS.- ¿Ya se durmió?

ADEGUNDA (en el regazo de CORINA).- No, estoy con los ojos bien abiertos.

ESDRAS.- Pero ¿ya estás bien, entonces?

ADEGUNDA.- Por supuesto. ¿Cuándo he estado mejor? Si lo dices, no me acuerdo.

ESDRAS.- Yo también tenía esos miedos y el baño de flores no me hizo nada. Lo mejor es quedarse quieto y tranquilo, tendido sobre el pellejo, mirando el cielo lleno de estrellas. ¿Así, ves?

ADEGUNDA.- Pero yo estoy mejor aquí, en las faldas de Mamé Sueño.

ESDRAS.- Se llama Mamé Culli, que es el diminutivo quechua de Corina.

ADEGUNDA.- Papé me dijo que él le llamaba de chico Mamé Sueño y yo lo llamo igual. ¿No es cierto, Corina?

CORINA.- Lo que tú digas, niña; pero, vamos, empieza a dormir. Tú, niño Eadres, ven, así, los tres juntos, como muertecitos bien abrazados. (Se tienden sobre los pellejos).

LUCAR (entrendo con CECILIA).- Estoy rendido, ha sido el día muy duro. Dos viajes a la checa, un caballo chácero que se escapó del corral, una recua de caba que tuve que traer de La Pompe, y por remate, un borrico cargado de víveres que se nos cayó del puente...

CECILIA (cogida de su mano).- No te preocupes más, mi cielo; selveste casi toda la carga ¿verdad?

LUCAR.- Sí, pero eres un buen borrico, hasta parecías una hermosa mula... Ah, qué agradable noche. Así, mirando arriba, recuerdo otra vez que no he terminado los altos para darte las comodidades a que tienes derecho.

CECILIA.- Nada de eso, lo acabarás cuando haya tiempo. Total, yo me arreglé un cuarto enteramente mío: seré de costura y lectura por las tardes, y por las mañanas mi atelier, como si fuera yo una verdadera pintora.

LUCAR.- Lo haces muy bien, no seas modesta.

CECILIA.- Debí estudiar más en la escuela de bellas artes; pero, yo que perdí ese tiempo, sólo debo hacer lo que hacen muchos, ser una autodidacta, aprender por mí misma con el ejemplo de otros cuadros y de reproducciones en los libros. ¿Por qué no? En peores condiciones han pintado muchos artistas. ¡Y aquí hay tanto que expresar, que transmitir, lo más elemental, el esfuerzo de cada creación humana, por humilde que sea! En este pueblo soy amiga de carpinteros, de dueños de fregues y herrerías, de teleberteros, de albañiles, todo lo hacen espléndidamente con las manos...! Oh, sí, me gusta el pueblo, y también la casa, es fuerte y no sólo esté llena de nosotros sino de animales y plantas... Sí, gracias, cielo, por traerme...

LUCAR.- No hebré las comodidades de la casa, pero sé que eres más dueña de ti misma y ves mejor el fruto de tu trabajo. Lo has entendido muy bien, digo, pero ser una costurera (ríe).

CECILIA.- Y estamos mucho mejor que en el departamentito de Chimbote. Por las mañanas veo la casa llena de espacio y luz, sobre todo de luz, tan importante para mí. Por las tardes el mundo cambia profundamente, toman otros colores, todo camina hacia el amarillo. Y por fin la noche es un

espectáculo escalofriante o hermoso, según se mire, no es vecío como yo pensaba de niño, ni una cóscara gigante que todo lo envuelve, ni menos una campana negra que de vez en cuando emite ruidos, suspiros, gritos de venganza o auxilio, qué sé yo. No me extraña que Adegunde esté en la época del miedo o la oscuridad; pero pronto seguiré los pasos de Eadres, él ya se curó: el otro día me acompañó a casa de don Leoncio y le hizo frente a un perro enorme que se me venía encima; yo no lo había visto, y oscuros y sin linternas como estábamos. Me quedé temblando ante lo que sólo fue para mí un aliento de toro bravo, o de lobo, o de jebelí; pero Eadres se interpuso y a punta de voces y luego de cerri-cies lo dominó completamente. ¡Si hubieras visto! El perro casi salvaje del comienzo le bailaba alrededor cuando nos vinimos.

LUCAR.- Me alegro que ya sea un hombrecito.

CECILIA (reparando los bultos del suelo).- ¡Mírelos, aquí están con Memé Culli, no los había visto! Se están dormiendo antes de ir a la cama. Es una buena costumbre: primero relajarse, olvidar minuciosamente el día, quedarse quieto y protegido, y luego, poco a poco, como deben marchar las cosas, entrar en las puertas del sueño. Ignoro cómo, pero alguna vez pintaré eso.

LUCAR.- ¡Con tal que el cuadro no salga todo negro..!

CECILIA.- Te burles ¿eh? Ya verás. (Se sientan en la banca).

LUCAR.- ¿Quieres fumar? Yo debiera estar aquí tu hermano.

¿A qué hora dijo que vendría a despedirse? No volvió a comer.

CECILIA.- Quizá no venga, no lo esperes. Tiene un par de amigos jerenistas... Rateró oyendo alguna guitarra; es lo único que le gusta de la sierra.

LUCAR.- Me he dado cuenta. Y quizá inclusive te haya incitado a volver a la costa ¿verdad?

CECILIA.- Sabes bien que sería inútil; mi vida está así.

LUCAR.- Me gustaría que él te oyera decirlo así de claro.

CECILIA.- Si viene, me oírás, no tengo ningún reparo. Por la mañana estuvo diciéndome cosas desagradables.

LUCAR.- ¿Como cuáles?

CECILIA.- ¿Quieres saberlo?

LUCAR.- Por supuesto.

CECILIA.- ¿Estás seguro?

LUCAR.- Adelante, mujer, ¿por qué no?

CECILIA.- Dijo, por ejemplo, que tú, al dormir ya de muchacho con Memé Culli, podrías haber sido su amante.

LUCAR (riendo).- ¡Ah, sí? Debíere molestarle, pero me río de esas conclusiones tan simples y tan sucias el mismo tiempo. Alfonso es menor que yo y vivimos en regiones distintas del mismo país, aunque se supone, en términos generales, que nuestra educación y algunas de nuestras costumbres son las mismas. Pero lo cierto es que tu hermano no nos entiende en absoluto. ¿Qué tiene de malo o de vergonzoso, por ejemplo (a medida que LUCAR habla, CORINA coge a los niños dormidos hasta sus caderas, los cubre con las faldas y ella se tiende a sus pies, sobre los pellejos del suelo), que mientras tú y yo conversamos Corina adormezca a los niños, y que conforme los chicos entran en un profundo sueño, ella los lleve a sus propias caderas, y que además Corina se tienda en el suelo, al pie de sus caderas, en el supuesto caso de que despertaran a media noche? ¿Dónde hay un escándalo en todo esto? Sí, hablando del aspecto puramente sexual, el que se refiere tu famoso hermanito, sus ideas de joven cos-

teño son pere reirse (ríe).

CECILIA.- No te rías tan fuerte. Ves a despertarlos.

CORINA.- Hablen no más, memite. Ye no se despierten por nada.

LUCAR.- ¿Lo ves? Es como una cura de sueño. Luego, a los dos de la mañana, Esdres gruñirá un poco y nada más, y Adegunde llorará su poquito, dará su concierto, pero ye menos que otras noches en que creí que nuestro hijo iba a elocarse.

CECILIA.- Tienes razón, con tantas cosas que le han pasado a ese chico, es una suerte que vaya mejorando entre las menos de Corina.

LUCAR.- No te mueves... A mí también me ha entrado una pereza, un cansancio... Pondré mi cabeza en tus faldas y me quedará un rato tendido.

CECILIA.- Como quieras. Dame un cigarrillo. Descansa no más. Yo fumaré en silencio. (Medio oscuridad).

(La escena se equieta. Entre ALFONSO. ESDRAS se despierta y gruñe. CORINA se levanta del suelo y se tiende sobre la cama, junto al niño).

ALFONSO (susurrando).- ¡Quite de ahí, indio sucio! ¿Qué quieres hacerle a mi sobrino?

CORINA.- Lo cuido, señor.

ALFONSO.- A mí no me engañas. Y después lo vicles, mited despierto y mited dormido ¿eh? O el menos lo menoscas a tu regado gusto... Te strean las cosas de hombre, aunque sean chiquites ¿no?

CORINA.- Es usted un cochino, señor.

ALFONSO.- No abuses de él. Si quieres, métete con hombres, no con niños ni muchechos como has hecho toda tu vida.

CORINA.- ¡Cochino!

ALFONSO.- ¡Cochino, cochino! Es fácil decir eso, cuando en

este maldito pueblo no hay mujeres superadas ni libres. Las casadas están con sus maridos y los solteros durmiendo con las puertas bien cerradas, Y las viejas señoritas solteronas, que se mueren por un hombre y envejecen más cada noche, están llenas de miedo, temblando, enfermas de hipocresía, pero incapaces de abrir los zagueros y hacernos pasar... Y un hombre joven y solo como yo, ¿qué hace, Corina, en este rincón del mundo? Dímelo. Te llamo a ti, ¿verdad? Y tú vas a la cama de tu señor a cualquier hora...

CORINA.- ¡Nunca he ido para esos cochinos, nunca! ¡Y cierra tu boca sucia, vas a despertar a mis angelitos!

ALFONSO.- Vemos, aunque sea contigo... Ven, chole del demonio, trae tu pellejo más aquí, y desnúdate como lo haces con Lácer...

LUCAR.- Te he dicho que no, cuñado... (ALFONSO, que no lo había visto en la penumbra, se estremece. LUCAR deja a su mujer dormida sobre la banca y avanza hacia él). Lo mejor que puedes hacer es largarte sin molestar a nadie. Te prepararemos una cena de despedida, creyendo que eres un hombre más o menos normal, más o menos cortés, pero ahora sólo puedo decirte ¡largate, vamos, vete!

ALFONSO.- Claro que me iré; pero no sin decirte lo retrógrado y anticuado que eres, todo un antiguo señor feudal, un pequeño ganso de los de horca y cuchillo, rodeado de sirvos complacientes, pero no de personas dignas y civilizadas...

LUCAR.- ¿Yo, retrógrado y feudal, cuando el otro día, apenas llegado, te revelaste como un tremendo conservador, suponiendo que todo el país se reducía a esos pequeñísimos barrios limeños de Miraflores y San Isidro, nombres con los que te llenas la boca? ¡Fuera, mocosso, ve a masturbarte...! O si eres hombre, te daré una dirección: toma a la derecha, cuente diez casas y te darás con una puerta muy pequeña; toca

tres veces seguidas, dices que ves de mi parte -si no, no te recibiré nunca- y ahí te darás con una muchacha estupenda, de esas con quienes sueñas para que eres incapaz de buscar por ti mismo, ¡so pedazo de idiota! Yo te lo presenté anteyer ¿recuerdas? Ni siquiera has sabido descubrirlo... ¡Hey que saber enamorar, hacer la corte, temblar verdaderamente de deseo! ¿O es que sólo has tratado a putas...? ¡Lérgo, edíbs, déjeme tranquilo..!

ALFONSO.- Sí, edíbs, hercendado de pecotilla, hueles a indio! ¡Qué desgracia ser tu periente! ¡Adíbs, mi pobre hermano..!

LUCAR.- No te acerques a ella, te lo advierto...

(Sale ALFONSO. LUCAR vuelve a la banca y se sienta en sus brazos a CECILIA, que no ha despertado).

LUCAR.- ¡Uy, qué día...! ¡Cuántas cosas...! Estoy cansado... Buenas noches, Mamá Sueño.

CORINA.- Buenas noches, niño Lácer.

(A poco, CORINA se levanta, arroja bien a los niños y después se acerca a la pareja dormida. Toma a CECILIA en brazos y la introduce por la puerta de los dormitorios. Al volver, finalmente coge a LUCAR y hace lo mismo con él).

TELON

M A M A

S U E N O

Piezo en un acto y dos escenas

por

C. E. Zaveleta

Madrid, 1980

de monter.

CECILIA, esposa de Lácer, más joven que éste; mujer despierta y satisfecha de vivir.

ADEGUNDA y ESDRAS, niño de ocho años y adolescente de catorce, respectivamente; hijos de Lácer y Cecilia.

CORINA, mujer india, de unos cincuenta años; no habla bien el castellano, pero tampoco comete demasiados errores de construcción o dicción. Descalza, usa faldas de color oscuro, hasta el suelo, y una blusa o "monillo" de tonos muy vivos. Su traje anticuado y modesto contrasta con los modernos de los demás personajes.

ESCENA PRIMERA

(ALFONSO pesa por el petio y LUCAR sale de los dormitorios).

ALFONSO.- Buenos días, cuñado. ¡Brrr, qué mañana tan fría, menos mal que el sol brille como en las películas del oeste! ¡Y esas nubes tan increíblemente blancas sobre el cielo azul! ¿Cómo se llaman, cúmulos, cirros...? Los costeños sabemos poco de nubes. ¡No me digas que ves e quiterte la chompa...? ¿Con este frío? ¿Y la camiseta también...? ¡Increíble! ¿Cómo puedes soportarlo? Estamos casi a cuatro mil metros de altura y sin duda a unos dos o tres grados sobre cero. ¿No lo sientes...? ¿Y todavía te ves a lavar acá, a la intemperie...?

LUCAR.- Pues sí, ¿por qué no? El frío es un gran tónico para nosotros. Sin este clima no se hubieran hecho tantas cosas en la sierra...

ALFONSO.- Pero al menos el agua estará siquiera tibia... A ver...

LUCAR (enjabonándose la cara y las axilas).- Machecho, el agua es lo mejor que tenemos aquí, junto con el pan y la leche, claro.

ALFONSO.- ¡Pero si estás casi congelado! ¡Te expuesto a que la felts poco para convertirse en un edoquin! ¿No tendrás por acá un termómetro?

LUCAR (riendo).- No, jovencito, nadie tiene termómetros en un pueblo serrano. Son cosas refinadas e inútiles de la costa.

ALFONSO.- Bueno, pero se puede calentar el agua; no tienes más que llamar a la sirvienta, ¿cómo se llama?, Culi...

LUCAR.- ¡Culli! El quechua es más dulce; es un diminutivo

de Corina. Y elle no es nuestro sirviente, sino nuestro muchacho; así le llamemos aunque tenga cincuenta años...

ALFONSO.- ¡Pues pídele a Corina que traiga agua caliente!

LUCAR.- Se me reiría en las narices, como si yo estuviera enfermo o fuera uno de esos de sexo equivocado, como hay muchos en la costa y que debes conocer bien... digo, de viste... ¿No me dirás que te lavaste con agua caliente en la pensión?

ALFONSO.- Claro que sí.

LUCAR.- ¿Y qué te dijo la muchacha?

ALFONSO.- Se rió, pero me lavé con un agua deliciosa. A propósito, ¿no hay en el pueblo otra pensión, que tenga un apartamento, así sea rudimentario y más o menos parecido, aunque fuese de lejos, y... una ducha?

LUCAR.- No, Alfonso, te lo dije ayer. Hay una sola pensión, la de la Puerta Julia, donde te hospedas, pero sin ducha. Las otras dos son posadas para indios, unas pesumbres donde los pobres duermen en el suelo, pero también pagan por ello, como cualquier cristiano. (LUCAR termina de arreglarse).

ALFONSO.- Pero ¿sabes? Ahora que veo vestirme en pleno petio, gozando de este aire puro, y cuando pienso que estoy lejos de la oficina, a cientos de kilómetros, la vida acá no me parece tan mal. ¿Por qué no damos un paseo antes del desayuno?

LUCAR.- Lo siento, yo no me paseo nunca; debo ir a la escuela. Además, tendrías que cambiarte esos zapatos.

ALFONSO.- ¿Qué pasa con éstos? Me costaron un plattel en el Jirón de la Unión. Son ingleses, ni siquiera limeños.

LUCAR.- Aquí éstos no resisten una caminata. Y también tendrías que quitarte la corbata, y esa camisa fina, hay mucho polvo...

ALFONSO.- ¡Quítame todo! ¿O sea que nada de lo que uso vale para tí? ¡Corambo! Pareces presidente de un club de pelagrueros. No se deje pasar a nadie sin el traje adecuado. ¿Y para qué cambiarse? ¿Para que me vean los burros y arrieros por el camino a La Pampa? ¡Ni siquiera vi subir a un autobús por ese troche del diablo!

LUCAR (sin enojarse).- Ese troche es lo único que nos dejó la gentuza de Huerz y de Lima, que sin duda conoces muy bien... digo, de vista... ¿Y sabes por qué? Porque la partida especialmente girada para construir la carretera fue a parar a los bolsillos de los pelagrueros. Dicen que se equivocaron al medir la distancia entre La Pampa y Corongo, no sabían usar el metro, los pobrecitos, y que ahora necesitan nuevos fondos. Lo dicho, estamos esperando más plata del Gobierno porque el camino se cobó en el bolsillo de los notables. Igual que siempre, como en los terremotos, cuando las bolsas de ropas, víveres y mentes se quedan en casa de los ricos. ¿Eres peruano?

ALFONSO.- ¡Qué pregunta!

LUCAR.- Entonces no me explico qué te pese, no conoces tu propio país. Estamos sin desayunar y hablamos de eternidades sin remedio.

(CORINA sale con una pequeña mesa en brazos, que coloca a un costado, sirviendo el desayuno compuesto de un plato de sopa, una taza de café y un pan sin mantequilla. ESDRAS entre feliz y corriendo).

ESDRAS.- Buenos días, mamá Cullí; buenos días, papé; buenos días, tío Alfonso. Yo te ayudo, mamá Cullí; traeré el pan y el azúcar.

ALFONSO.- ¿Cómo, también vamos a desayunar aquí afuera, el resó?

LUCAR.- ¿Y por qué no? ¿O no tienes hambre? En este caso no se exige a nadie; si no quieres...

ALFONSO.- Por supuesto que quiero. Tienes razón. ¡Qué mejor desayuno que el servido bajo este cielo! Aunque sigue haciendo frío ¿verdad?

ESDRAS.- ¿Frío? Pues yo no siento ni hostie.

(Entre CECILIA y se sienta silenciosamente a la mesa).

ALFONSO.- Buenos días, hermano... Qué celledite. ¿Sucede algo?

CECILIA.- Oh, perdón, Alfonso, buenos días... ¿Ya volviste de la chacre, marido?

LUCAR.- No, me levanté muy tarde y me entretuve conversando con Alfonso. Pero en un ratito más me voy.

ALFONSO.- ¿Cómo, sops en el desayuno..?

LUCAR.- Sí, sops de ervejes y con huevos escalfados dentro. Es un plato cashqui. Pero, déjelo si no te gusta, ya Esdres se lo despachará en un sentimén.

ESDRAS.- Sí, tío, pásamele.

ALFONSO.- Si no lo digo por eso... Le probaré, ¿ver, pues sí, esté muy rico... (CORINA sigue sirviendo la mesa).

CECILIA.- Oye,úcar, mi viejo lindo, no sé qué hacer con Adegunde.

ALFONSO (riendo).- ¡Vaya nombre, Adegunde..!

CECILIA.- ¡Por fevor, Alfonso, te portes como un niño! Desde ayer estás criticando ese nombre antiguo y castizo. No es quechua, por si acaso. Lo que importa es su salud, no su nombre.

ALFONSO.- No es para tanto, hermano...

LUCAR.- ¿También lloró anoche?

CECILIA.- Otro larguísimo concierto, imagínate, y yo sin dormir desde hace una semana. Mamé Culli, ¿no podrías llevarte a Adegunda a los altos y dormir con ella?

CORINA.- Lo que digas, niña. Llevo mi pellejo para el suelo y yo esté. (Se sienta en el suelo y desayuna poniendo el plato de sopa en su regazo).

ALFONSO.- Pero Adegunda ya es grandecita ¿no? Podría tener su cuarto propio. Arriba hay varios vecíos, aunque sin amueblar, claro.

CECILIA.- Y porque estén sin amueblar debes dormir en aquella horrible pensión. Hemos tenido muchos gestos, hermano. Pero quizá en tu próximo viaje te quedes ya con nosotros.

ALFONSO.- ¡Si no lo digo por eso! ¡Vaya, sigo torpe estas mañanas, no sé explicarme! Quiero decir que, a sus ocho años, Adegunda es ya una mujercita y no debe sentir tanto miedo a la oscuridad. No es normal. En la costa, por ejemplo...

CECILIA.- Miedo a la oscuridad y a otras varias cosas.

LUCAR.- Sí, cuñado, tu hermano dice bien. Miedo a la oscuridad y a otras varias cosas que le han ocurrido, como, por ejemplo, dos o tres aluviones a medianoche, una caída del cabello, una maestra de escuela que no le entiende, una mordedura de culebra, y un mes al año durmiendo en chozas de indios durante nuestra cosecha de papas en Yupén. Hechos absolutamente comunes a todos los niños de la sierra, sin excepción alguna. Un buen record de resistencia, ¿no te parece?

ALFONSO.- Con todo eso, no me extraña que se sienta mal. ¿Y no han llamado a un psiquiatra?

LUCAR (riendo).- ¡Alfonso, por los cien mil diablos, aquí no hay ni puede haber psiquiatras! Somos incompatibles con

ellos, se morirían de hambre tocando de portón en portón, y no hablemos del paquiere cebalgando por la puna y tocando las chozas. ¿Tocando qué, vamos a ver, si las chozas de peje no tienen puertas? Sus honorarios tendrían que ser pagados en huevos, o en cuyes, o en queso. ¡Psiquiatras...! (Se le).

ALFONSO.- Bueno, perdón, sigo desbarrendo este meñene. Quise decir si no han consultado a un médico, o cualquier médico.

CECILIA.- Acá no hay médicos, querido hermano, ni tampoco farmacias. Hemos firmado muchos memoriales pidiendo las dos cosas y la respuesta ha sido enviar una vez cada seis meses al médico de Cebena. Cuando finalmente llega, hay una cola tan larga en su puerta, que muchos nos damos por vencidos antes de acudir.

ALFONSO.- ¿Y qué haces si necesitas un remedio?

CECILIA.- Tenemos la tienda de un "curioso", que receta y vende algunos productos.

ALFONSO.- ¿Quieres decir un curandero?

CECILIA.- Fue él quien nos recetó bañarle con flores a la intemperie.

ALFONSO.- ¿Con flores...? ¿Y qué efecto puede producirle? Un simple acto de brujería, un conjuro del Mal, una lucha simbólica contra el Enemigo...

CECILIA.- Pues ni crees. Pareció mejorar y que el susto le hubiera disminuido; pero en eso se cayó del caballo y volvió a empeorar.

(CORINA se ríe barlonsamente).

ALFONSO.- ¿Y tú, de qué te ríes?

CECILIA (en voz baja).- No te metas con ella, no la molestes.

y cebritos, en el camel que el señor Bernuy ha improvisado en su corral; y el pan y rosas y bizcochos, en el horno de don Julián. Y para todo eso necesita tiempo, pues además debo recibir el trigo, centeno y farreje que me manda Lúcar desde nuestro chacra y que ~~me~~ almacenamos en el terrado; de vender estas cosas vivimos nosotros. Y no te digo nada de

cuidar a los caballos, gallinas y chanchos del pesebre. Claro que me ayude otros sirvientes; pero las cosas deben salir tan bien como le gusten a mi marido.

ALFONSO.- Te entiendo, llevar una casa, o una especie de granje, no es fácil. Pero me refiero a otra cosa, a ese... gran intimidad... a ese cariño filial que parecen sentir los chicos por Corina...

CECILIA.- ¡Pues lo mereces! ¡Es tan bueno, honrado y trabajador! ¡Es mi brazo derecho!

ALFONSO.- Pero, ¿no te parece demasiado que tus hijos..., en fin, permíteme la franqueza, que tus hijos duerman con una... india? No tengo prejuicios raciales, pero no se le ve muy limpio que digamos.

CECILIA.- Sí, antes de pasar a sus camas, los chicos se cuestionan un rato con ella.

ALFONSO.- ¡Pero ella duerme en el suelo, sobre un pellejo..! Piense, Cecilia. ¿Pero esto nos venido a la sierra, pero que tus hijos contraigan una serie de enfermedades?

CECILIA.- No olvides que he venido a la sierra a pintar y que Lácer heredó esta casa.

ALFONSO.- Y tú no me ves decir que esa mujer se bañe alguna vez.

CECILIA.- Claro que sí, en el río.

ALFONSO.- El río está horriblemente sucio. La otra noche estaba tan oscuro que me equivoqué de cuarto y tropecé con un bulto del suelo y me caí encima. ¿Y qué hallé, vamos a ver? A esa india y a tus dos hijos formando un ovillo sobre el pellejo. Cinco minutos después yo sentía unos pulgas por el cuerpo.

CECILIA.- Basta, no exageres. Eres mi hermano y te quiero, pero si ves a criticar nuestra casa y nuestra servidumbre,

sería mejor que te mercheras.

ALFONSO.- Abre los ojos, mujer. Eso no es lo más grave. Durmiendo con ella, en su seno, siendo abrazados y cuidados desde darles el pecho hasta pasar todo el día juntos y tumbarse por la noche en el mismo pellejo, los chicos perderán su cariño hacia ti. Ella te robará su efecto, tarde o temprano.

CECILIA.- Si no fuera una india, lo creería; pero justamente Corina es incapaz de pretender sustituirme.

ALFONSO.- ¿Por qué estás tan segura?

CECILIA.- Porque he sido una de mi marido y ya ves los resultados. Lácer me adora y soy muy feliz con él.

ALFONSO.- ¿Que también crió a Lácer...? ¡Vaya noticia...! ¿O sea que el hombre rudo y fuerte de ahora fue alimentado con leche de esa india, y durmió sobre una cama de pellejos de cernero con su madre postiza hasta los... ¿hasta qué edad, hermano?

¿Hasta qué edad durmió tu marido con Corina...?

CECILIA.- ¿Qué insinúas? Hasta los quince o dieciséis, es la costumbre en el pueblo.

ALFONSO.- ¿Y te parece bien? Hablas de este pueblo o quizá de una parte de la sierra, pero no es una costumbre de toda la región, ni menos nacional. Según los últimos avances de la pedagogía, se recomienda que los niños se liberen lo más pronto posible de tutelajes o lazos aberrantes, incluso de esos amores excesivos de algunos padres que ahogan cariñosamente a sus hijos. Todo vínculo en la infancia es poderoso y se vuelve casi eterno en la vida de un hombre. Hay que cuidar las influencias que recaen sobre él. Y en el caso de madres y nodrizas, la madre no debe permitir que sus hijos dependan demasiado de ellas. Hay que vigilar los efectos, mujer,

el ser humano se encierra fácilmente.

CECILIA.- Hablas como un profesor engreído y tonto, querido hermano. Hay cosas más profundas que esas normas de pediatría superficial. Especto a los niños de la sierra, hay influencias sobre ellos que no son humanas, que provienen de la naturaleza, de la tierra y del agua, fuerzas reales que se manifiestan en los terremotos y aluviones, y aún más en las noches lóbregas. Recuerda, aquí no hay luz eléctrica y la oscuridad de las noches es hermosa para los adultos, pero temible y misteriosa para los niños; y en los aguaceros interminables, parece que la lluvia te va a disolver a ti mismo, y ves a desembocar tú, sí, tú, en un río caudaloso que se comió a dentelladas huertos y sembraderos... Para moderar esas influencias, para restablecer el equilibrio entre la naturaleza y el hombre, así como en los entierros acudimos a los llorones indios que comparten nuestro dolor, que de otro modo nos ahogarían, así también para criar a los niños recurrimos a las amas indias, las únicas en el mundo -sí, lo sé, he viajado tanto como tú fuera del país- que se entregan en cuerpo y alma a los hijos ajenos y los cuidan no sólo de caídas y peligros normales, sino de peligros invisibles, sutiles, aéreos... ¿Pero qué seguir? Se ve que no me entiendes...

ALFONSO.- No hay mucho que entender. Las cosas son claras. En tu casa hay otra mujer, y todavía primitiva, sucia, vieja y fea, que desde que tu marido tenía dieciséis años...

CECILIA.- ¡Y vuelves a insinuarlo..!

ALFONSO.- Las cosas claras, he dicho. ¿Qué sucede en una casa, así sea de pellejos de cordero, donde se acuesta una mujer, que en ese tiempo tendrías unos veinticinco años, con

un adolescente de dieciséis, en pleno desarrollo y con enormes ansias de descubrir el otro misterio del que te olvidas, el sueño permanente de los que ya no son niños, ese corriente turbadora y poderosa: la mujer, Cecilia, la mujer aún desconocida, hacia donde todos los adolescentes del mundo avanzan inexorablemente, para desnudarlos, para penetrarlos con...

CECILIA (lo abofetea).- ¡Cállate, mal pensado! ¡Basta ya! ¡Estás en mi casa y me ofendes!

ALFONSO.- ¡Despierta tú, ingenua! ¡Abre los ojos! No sólo ese indio ha sido o es la amante de tu marido, sino que tú misma te abandonarás, te perderás sin remedio en este pueblo sin futuro, sin progreso alguno, sin electricidad, sin cuartos de baño, sin hoteles, sin deliciosas duchas tibias que te recorran el cuerpo, sin pistas donde aprietes el acelerador a fondo y te escapes hacia tierras nuevas o tomes el avión para conocer el mundo entero...

CECILIA (sentada, cabizbaja).- Basta ya, te lo digo sin cólera alguna. Cállate y vete. Déjame sola.

ALFONSO (pretende acercarle).- Perdóneme, no quise llegar a tanto...

CECILIA (se levanta).- Lo dicho, vete o grito. Oscuridad.

(ALFONSO sale).

ESCENA SEGUNDA

El mismo escenario. Anochece. Dos candelas pequeñas y gemelas en el corredor. Luces de velas y lamparines de kerosene.

ESDRAS (entre arrastrando dos pellejos de cernero, que tiende por el suelo).- Ven, Mamé Cullí, vamos a echarnos aquí.

CORINA (entre con Adegunda en brazos; le niña chille, peteeles, como presa de un ataque de nervios. CORINA le domina primero por la fuerza y luego dulce y tiernamente, susurrándole en quechua y castellano; finalmente le cante).- Eso es, mi niña, así...

ESDRAS.- ¿Ye se durmió?

ADEGUNDA (en el regazo de CORINA).- No, estoy con los ojos bien abiertos.

ESDRAS.- Pero ¿ye estás bien, entonces?

ADEGUNDA.- Por supuesto. ¿Cuándo he estado mejor? Si lo dices, no me acuerdo.

ESDRAS.- Yo también tenía esos miedos y el baño de flores no me hizo nada. Lo mejor es quedarse quieto y tranquilo, tendido sobre el pellejo, mirando el cielo lleno de estrellas. ¿Así, ves?

ADEGUNDA.- Pero yo estoy mejor aquí, en los feldes de Memé Sueño.

ESDRAS.- Se llame Memé Culli, que es el diminutivo quechua de Corina.

ADEGUNDA.- Papé me dijo que él le llamaba de chico Memé Sueño y yo le llamo igual. ¿No es cierto, Corina?

CORINA.- Lo que tú digas, niña; pero, vemos, empieza a dormir. Tú, niño Eadres, ven, así, los tres juntos, como muertecitos bien abrezados. (Se tienden sobre los pellejos).

LUCAR (entrando con CECILIA).- Estoy rendido, he sido el día muy duro. Dos viajes a la chacra, un caballo chácero que se escapó del corral, una recua de caba que tuve que traer de La Pompe, y para remate, un borrico cargado de víveres que nos cayó del puente...

CECILIA (cogida de su mano).- No te preocupes más, mi cielo; salvaste casi toda la carga ¿verdad?

LUCAR.- Sí, pero eres un buen borrico, hasta parecías una hermosa mula... Ah, qué agradable noche. Así, mirando arriba, recuerdo otra vez que no he terminado los otros para darte las comodidades a que tienes derecho.

CECILIA.- Nada de eso, lo acabarás cuando haya tiempo. Total, yo me arreglé un cuarto enteramente mío: seré de costura y lectura por las tardes, y por las mañanas mi atelier, como si fuera yo una verdadera pintora.

LUCAR.- Lo haces muy bien, no seas modesto.

CECILIA.- Debí estudiar más en la escuela de bellas artes; pero, yo que perdí ese tiempo, sólo debo hacer lo que hacen muchos, ser una autodidacta, aprender por mí misma con el ejemplo de otros cuadros y de reproducciones en los libros. ¿Por qué no? En peores condiciones han pintado muchos artistas para transmitir, la vida elemental, el esfuerzo de cada creación humana, por humilde que sea! En este pueblo soy amiga de carpinteros, de dueños de fregues y herrerías, de teleberteros, de albañiles, todo lo hacen espléndidamente con las manos...! Oh, sí, me gusta el pueblo, y también la casa, es fuerte y no sólo esté llena de nosotros sino de animales y plantas... Sí, gracias, cielo, por traerme...

LUCAR.- No habré las comodidades de la costa, pero sé que eres más dueño de ti mismo y ves mejor el fruto de tu trabajo. Lo has entendido muy bien, digo, pero ser una costera (ríe).

CECILIA.- Y estamos mucho mejor que en el departamentito de Chimbote. Por las mañanas veo la casa llena de espacio y luz, sobre todo de luz, tan importante para mí. Por las tardes el mundo cambia profundamente, nacen otros colores, todo camina hacia el amarillo. Y por fin la noche es un

espectáculo escalofriante o hermoso, según se mire, no es
 nada como yo pensaba de niño, ni una cíclope gigante que
 todo lo envuelve, ni menos una compaña negra que de vez en
 cuando emite ruidos, suspiros, gritos de venganza o auxi-
 lio, qué sé yo. No me extraña que Adegundo esté en la épo-
 ca del miedo y la oscuridad; pero pronto seguiré los pasos
 de Esdras, él ya se curó: el otro día me acompañó a casa de
 don Leoncio y le hizo frente a un perro enorme que se me ve-
 nía encima; yo no lo había visto, y oscurecía y sin linternas
 como estábamos. Me quedé temblando ante lo que sólo fue pa-
 ra mí un animal de toro bravo, o de lobo, o de jabalí;
 pero Esdras se interpuso y a punto de voces y luego de cari-
 cias lo dominó completamente. ¡Si hubieras visto! El perro
 casi soltó del comienzo la batalla alrededor cuando nos
 vinimos.

LUCAR.- Me alegro que ya seas un hombrecito.

CECILIA (reparando los bultos del suelo).- ¡Mírelos, aquí
 están con Memé Culli, no los había visto! Se están dormi-
 ciendo antes de ir a la cama. Es una buena costumbre: prime-
 ro relajarse, olvidar minuciosamente el día, quedarse quie-
 to y protegido, y luego, paso a paso, como deben marchar
 las cosas, entrar en los puertos del sueño. Ignoro cómo,
 pero alguna vez pintaré eso.

LUCAR.- ¡Con tal que el cuadro no salga todo negro..!

CECILIA.- Te burlas ¿eh? Ya verás. (Se sientan en la banca).

LUCAR.- ¿Quieres fumar? Yo debería estar aquí tu hermano.

¿A qué hora dijo que vendría a despedirse? No volvió a comer.

CECILIA.- Quizá no venga, no lo esperes. Tiene un par de
 amigos jerenistas... Estaré oyendo alguna guitarra; es lo
 único que le gusta de la sierra.

LUCAR.- Me he dado cuenta. Y quizá inclusive te haya incitado a volver a la costa ¿verdad?

CECILIA.- Sabes bien que sería inútil; mi vida está acá.

LUCAR.- Me gustaría que él te oyera decirlo así de claro.

CECILIA.- Si viene, me oírás, no tengo ningún reparo. Por lo menos estuvo diciéndome cosas desagradables.

LUCAR.- ¿Como cuáles?

CECILIA.- ¿Quieres saberlo?

LUCAR.- Por supuesto.

CECILIA.- ¿Estás seguro?

LUCAR.- Adelante, mujer, ¿por qué no?

CECILIA.- Dijo, por ejemplo, que tú, al dormir ya de muchacho con Mamé Culli, podrías haber sido su amante.

LUCAR (riendo).- ¿Ah, sí? Debiere molestarle, pero me río de esas conclusiones tan simples y tan sucias al mismo tiempo. Alfonso es menor que yo y vivimos en regiones distintas del mismo país, aunque se supone, en términos generales, que nuestra educación y algunas de nuestras costumbres son las mismas. Pero lo cierto es que tu hermano no nos entiende en absoluto. ¿Qué tiene de malo o de vergonzoso, por ejemplo (a medida que LUCAR habla, CORINA coge a los niños dormidos heste sus cames, los cubre con las frazadas y ella se tiende a sus pies, sobre los pellejos del suelo), que mientras tú y yo conversamos Corina adormezca a los niños, y que conforme los chicos entren en un profundo sueño, ella los lleve a sus propias cames, y que además Corina se tienda en el suelo, al pie de sus cetros, en el supuesto caso de que despertaran a media noche? ¿Dónde hay un escándalo en todo esto? Sí, hablando del aspecto puramente sexual, el que se refiere tu famoso hermanito, sus ideas de joven cos-

teño son pare reirse (ríe).

CECILIA.- No te rías tan fuerte. Ves a despertarlos.

CORINA.- Hablen no más, memito. Yo no se despierten por nada.

LUCAR.- ¿Lo ves? Es como una cura de sueño. Luego, a los dos de la mañana, Esdra gruñirá un poco y nada más, y Adegundo llorará su poquito, dará su concierto, pero ya menos que otras noches en que creí que nuestro hijo iba a elocerse.

CECILIA.- Tienes razón, con tantas cosas que le han pasado a ese chico, es una suerte que vaya mejorando entre las manos de Corina.

LUCAR.- No te mueves... A mí también me ha entrado una pereza, un cansancio... Pondré mi cabeza en tus faldas y me quedará un rato tendido.

CECILIA.- Como quieras. Dame un cigarrillo. Descansa no más. Yo fumaré en silencio. (Media oscuridad).

(La escena se equiebra. Entra ALFONSO. ESDRAS se despierta y gruñe. CORINA se levanta del suelo y se tiende sobre la cama, junto al niño).

ALFONSO (susurrando).- ¡Quite de ahí, indio sucio! ¿Qué quieres hacerle a mi sobrino?

CORINA.- Lo cuido, señor.

ALFONSO.- A mí no me engañes. Y después lo vióles, mitad despierto y mitad dormido ¿eh? O al menos lo menosess a tu regado gusto... Te strean las cosas de hombre, aunque sean chiquitas ¿no?

CORINA.- Es usted un cochino, señor.

ALFONSO.- No abuses de él. Si quieres, métete con hombres, no con niños ni muchachos como has hecho toda tu vida.

CORINA.- ¡Cochino!

ALFONSO.- ¡Cochino, cochino! Es fácil decir eso, cuando en

teño son para reírse (ríe).

CECILIA.- No te rías tan fuerte. Vas a despertarlos.

CORINA.- Hablen no más, memito. Yo no se despierten por nada.

LUCAR.- ¿Lo ves? Es como una cura de sueño. Luego, a los dos de la mañana, Esdres gruñirá un poco y nada más, y Adegunde llorará su poquito, dará su concierto, pero ya menos que otras noches en que creí que nuestro hijo iba a elocerse.

CECILIA.- Tienes razón, con tantas cosas que le han pasado a ese chico, es una suerte que vaya mejorando entre las menos de Corina.

LUCAR.- No te mueves... A mí también me ha entrado una pereza, un cansancio... Pondré mi cabeza en tus faldas y me quedará un rato tendido.

CECILIA.- Como quieras. Dame un cigarrillo. Descansa no más. Yo fumaré en silencio. (Media oscuridad).

(Le escena se equieta. Entre ALFONSO. ESDRAS se despierta y gruñe. CORINA se levanta del suelo y se tiende sobre la cama, junto al niño).

ALFONSO (susurrando).- ¡Quite de ahí, indio sucio! ¿Qué quieres hacerle a mi sobrino?

CORINA.- Lo culdo, señor.

ALFONSO.- A mí no me engañes. Y después lo vicles, mitad despierto y mitad dormido ¿eh? O al menos lo menosess a tu regado gusto... Te strean las cosas de hombre, aunque sean chiquitas ¿no?

CORINA.- Es usted un cochino, señor.

ALFONSO.- No abuses de él. Si quieres, métete con hombres, no con niños ni muchachos como has hecho toda tu vida.

CORINA.- ¡Cochino!

ALFONSO.- ¡Cochino, cochino! Es fácil decir eso, cuando en

este maldito pueblo no hay mujeres superadas ni libres. Las casadas están con sus meridos y las solteras durmiendo con los puertos bien cerrados, Y las viejas señoritas solterones, que se mueren por un hombre y envejecen más cada noche, están llenas de miedo, temblando, enfermas de hipocresía, pero incapaces de abrir los zagueros y hacernos pasar... Y un hombre joven y solo como yo, ¿qué hace, Corina, en este rincón del mundo? Dímelo. Te llamo a ti, ¿verdad? Y tú ves a la cama de tu señor o cualquier here...

CORINA.- ¡Nunca he ido para esos cochinos, nunca! ¡Y cierra tu boca sucia, ves a despertar a mis angelitos!

ALFONSO.- Venos, aunque sea contigo... Ven, cholo del demonio, trae tu pellejo más aquí, y desnúdete como lo haces con Lácer...

LUCAR.- Te he dicho que no, cuñado... (ALFONSO, que no lo había visto en la penumbra, se estremece. LUCAR deja a su mujer dormida sobre la banca y avanza hacia él). Lo mejor que puedes hacer es largarte sin molestar a nadie. Te prepararemos una cena de despedida, creyendo que eres un hombre más o menos normal, más o menos cortés, pero ahora sólo puedo decirte ¡largó, venos, vete!

ALFONSO.- Claro que me iré; pero no sin decirte lo retrógrado y anticuado que eres, todo un antiguo señor feudal, un pequeño ganso de los de horca y cuchillo, rodeado de sirvos complacientes, pero no de personas dignas y civilizadas...

LUCAR.- ¿Yo, retrógrado y feudal, cuando el otro día, apenas llegado, te revelaste como un tremendo conservador, suponiendo que todo el país se reducía a esos pequeñísimos barrios limeños de Miraflores y San Isidro, nombres con los que te llenas la boca? ¡Fuera, mocososo, ve a masturbarte...! O si eres hombre, te daré una dirección: tome a la derecha, cuente diez casas y te darás con una puerta muy pequeña; toce

tres veces seguidas, dices que vas de mi parte -si no, no te recibiré nunca- y ahí te derás con una muchacho estupendo, de esos con quienes sueñas pero que eres incapaz de buscar por ti mismo, ¡so pedazo de idiota! Yo te lo presenté anteyer ¿recuerdas? Ni siquiera has sabido descubrirlo... ¡Hay que saber enamorar, hacer le corte, temblar verdaderamente de deseo! ¿O es que sólo has tratado a putas...? ¡Largo, adiós, déjame tranquilo...!

ALFONSO.- Sí, adiós, haciéndolo de pectillo, hueles a indio! ¡Qué desgracia ser tu parientel! ¡Adiós, mi pobre hermano...!

LUCAR.- No te acerques a ella, te lo advierto...

(Sale ALFONSO. LUCAR vuelve a la banca y se sienta en sus brazos a CECILIA, que no ha despertado).

LUCAR.- ¡Uy, qué día...! ¡Cuántas cosas...! Estoy cansado... Buenas noches, Mamá Sueño.

CORINA.- Buenas noches, niño Lucar.

(A poco, CORINA se levanta, arroja bien a los niños y después se acerca a la pareja dormida. Toma a CECILIA en brazos y la introduce por la puerta de los dormitorios. Al volver, finalmente coge a LUCAR y hace lo mismo con él).

TELON

M E M I R A B A

C O M O A U N A

F L O R

Pieza en dos actos

por

C. E. Zavaleta

Madrid, 1980.

Personajes

LUIS, joven universitario de veintidós años, mestizo, algo iluso y desprendido de las cosas materiales, pero sólo moderadamente.

NORMA, de treinta años, que aparenta mucho menos; mujer práctica, delgada y nerviosa, si bien con intervalos lánguidos y románticos.

PALACIOS, profesor universitario, satisfecho de su rutina y mostrando sus primeras canas.

FONTENLA, periodista despierto, aunque también perezoso y amigo moderado del alcohol.

GLADYS, muchacha nis ei (de padre japonés y madre peruana), prostituta anticonvencional, por lo discreta que parece.

ROGELIO, vecino servicial, hombre sano y bonachón.

Escenario

En lo posible, con elementos indispensables y esquemáticos, empleando luces sobre el grupo de personajes activos, y dejando en la penumbra a quienes no intervengan de momento.

Lugar y época: En Lima, Perú, década de los sesenta.

(5)

ACTO PRIMERO

Escena Primera

Biblioteca en casa del profesor Palacios. El gran estudio le sirve también para recibir cómodamente a sus amigos. Puerta de calle al fondo, y otra a la izquierda, al interior. Luis toca el timbre y abre la hija del profesor.

LUIS.- Perdón, señorita. ¿Es éste el número 607?

SEÑORITA PALACIOS.- Sí, adelante. Los chicos de la avenida Garzón han quitado el número de un pelotazo. ¡Ah, usted es el que le sigue los pasos al Flaco Nebuloso...! Lo está marcando al centímetro ¿eh?

LUIS.- Pues no, no soy yo.

SEÑORITA PALACIOS.- Pero ¿cómo? ¿No es usted su alumno? ¿Y no llamó a mi papá de la universidad...?

LUIS.- Sí, pero ¿quién es ese... Flaco Nebuloso?

SEÑORITA PALACIOS.- Así le decíamos a Pineda. A veces pensaba mucho ¿sabe? Se quedaba muy arriba, absorto, y nosotros muy abajo... dicen de mí los otros alumnos...

LUIS.- Muy buena. El apodo le caía de perilla.

SEÑORITA PALACIOS.- Y otras veces le decíamos Pollo Viudo. Se ponía en un rincón a conversar siempre con una mujer, inclusive con muchachas como yo, buscando la primera ocasión para enamorarnos, claro está, pero según él, oh no, de ningún modo, él seguía con el alma puesta en su último amor, que lo había dejado viudo...

LUIS.- Ese ya no me parece tan bueno.

PALACIOS (entrando).- Hola, Luis. Déjanos solos, hijo. (Se le va la señorita Palacios después de un "Chau, gusto de conocerte". "Lo mismo digo"). Eres muy cumplido. (Mira su reloj). Las ocho en punto, en punto...

LUIS.- Sí, pero ya sabe, en este país no es una virtud. Nuestra hora es siempre media hora más tarde. Y muchas veces, en ese lapso, me quedo sentado solo, hecho un idiota, esperando a quienes me han citado. No lo digo por usted, claro... Pero yo jamás pierdo el tiempo; esa media hora la dedico a releer mis apuntes de esta libreta. Pineda por aquí, Pineda por allá...

PALACIOS.- Haces bien, muchacho. La puntualidad no siempre habla bien de uno mismo. Hay que ser discreto con las virtudes. Y sobre todo con la inteligencia; debes usarla a pocos. Aquí los inteligentes y los artistas pasan por tontos y pobres diablos. Corres el riesgo de que te llamen...

LUIS.- ... ¿Fleco Nebulosa?

PALACIOS.- No, algo más duro y bestial. Fíjate, en cambio, en mí. Siempre llego tarde a clase y a todas partes, no puedo remediarlo, y mis artículos y libros los guardo en la gaveta, inéditos por meses y meses, sin dedicarme a publicarlos. Por eso no me doy a conocer... Pero, no, he puesto mal el ejemplo. Yo no publico por miedo, no por prudencia. Eso es, por miedo. ¿Qué dicen de mí los otros alumnos..?

LUIS.- Que si usted publicara esos dos tomos de crítica que tiene listos, su prestigio aumentaría muchísimo. Como el de Pineda, por ejemplo, que en sólo treinta y siete años de vida lanzó cuatro libros y dejó dos terminados.

PALACIOS (dominando a medias su estallido).- ¡Pineda, Pineda! En primer lugar, sus libros son casi provisionales, escritos demasiado a prisa, y rezuman pensamientos de adolescente... Y además, hay otra cosa que ustedes sus alumnos deberían recordar, aparte, es claro, de su costumbre de llevarlos a tomar tragos en Palermo o de ir en patota a los burdeles de la avenida México...

LUIS.- Doctor, no debe desacreditarlo de ese modo. Fue culpa mía hablar de su juventud.

PALACIOS.- Déjame concluir. Digo que ustedes deberían notar que, cuando un autor va a morir joven, él ya lo presiente, casi lo sabe, y por ello vive sus últimos años en una fiebre por acabar sus escritos y publicarlos velozmente, aun sin pulirlos bien. Hay numerosos ejemplos, incluso en una literatura de pocos genios y grandes lagunas como la nuestra.

LUIS.- ¿Y no le parece bien que un poeta y cuentista trágico como él se hunda en la sombra de la muerte con toda naturalidad? Artísticamente es un acierto.

PALACIOS.- Sí, pero fíjete que hasta la muerte lo ayuda en ese caso. Son autores de algún modo suertudos, sí, suertudos. En cambio, otros (PALACIOS, sin duda, se está refiriendo a sí mismo) meditan todos sus pasos, escriben con sumo cuidado, sin apresurarse, dominan la egolatría de la publicación temprana, y sin embargo, al lanzar sus libros muy de vez en cuando, no llegan a ser conocidos y tampoco los críticos los leen con atención... Y aun vienen a ti y te dicen, "Hace tiempo que no leo nada tuyo. ¿Ah, sí? ¿Has publicado hace poco? ¿Pues cuándo me regales el libro?"

LUIS.- Profesor, le repito mi oferta de la vez pasada. Si usted quiere, yo dejo mi tesis, que por lo demás apenas he comenzado, y me pongo a ayudarlo en las fichas que le faltan. Vamos, dícteme a la máquina lo poco que resta; yo vendré todos los días, si usted me necesita...

PALACIOS.- ¿De veras, Luis? (Le acaricia la nuca). ¿Harías eso por mí?

LUIS.- Cuando usted diga. Ahora mismo.

PALACIOS.- Te lo agradezco. Pero, vamos, muchacho, yo tengo una buena secretaria y tú no has venido a hablar de mis len-

tés aún, como todos sus amigos, bajo la impresión de su muerte en aquel desgraciado accidente, hace apenas un mes.

LUIS.- La verdad, estoy en un aprieto. Tarde o temprano, la obra de Pineda será bien apreciada, para disgusto de los sabihondos que no supieron descubrirla a tiempo y que se tirarán de los pelos cuando yo la publique, con la inmensa ayuda de usted, por supuesto. Pero su biografía no podrá escribirse si pierdo el testimonio fresco y humano de quienes lo conocieron y se hallan conmovidos por su muerte, o que pronto se marcharán a provincias. Él era un provinciano, usted sabe. Sólo citaré un caso concreto. Nor^ma, por ejemplo, se irá en estos días a Huérez y a los baños de Monterrey, y dice que por un largo tiempo, y si no hablo con ella...

PALACIOS.- ¿Que Nor^ma se va...? ¿Estás seguro?

LUIS.- Segurísimo.

PALACIOS (disimulando su molestia).- Bueno, pero, vamos, ¿qué te puede contar ella? Asuntos personales, quizá escenas de alcoba, datos sobre fechas de residencia de Pineda en diversas ciudades, o a lo más fechas de redacción de algunos textos. La crítica literaria no es eso...

tos proyectos, sino de tu tesis, que es lo que ^{ahora importa.} ~~vale~~. Lo digo en serio.

LUIS.- ¿Verdad...? ¿Leyó mi borrador...?

PALACIOS.- Sí y no; quiero decir no del todo. Aunque lo bastante para deducir dos cosas: primero, te falta mucha bibliografía, no digo sobre Pineda, que ya sabemos lo escasa que es, sino del propio Pineda, desperdigada en periódicos y revistas, nacionales y extranjeras; y segundo, quizá te dediques demasiado a los datos biográficos... ¿Qué deseas, por fin? ¿Ahelizar su obra o escribir una biografía? Quizá estés aún, como todos sus amigos, bajo la impresión de su muerte en aquel desgraciado accidente, hace apenas un mes.

LUIS.- La verdad, estoy en un aprieto. Tarde o temprano, la obra de Pineda será bien apreciada, para disgusto de los sabihondos que no supieron descubrirla a tiempo y que se tirarán de los pelos cuando yo la publique, con la inmensa ayuda de usted, por supuesto. Pero su biografía no podrá escribirse si pierdo el testimonio fresco y humano de quienes lo conocieron y se hallan conmovidos por su muerte, o que pronto se marcharán a provincias. Él era un provinciano, usted sabe. Sólo citaré un caso concreto. Nor^ma, por ejemplo, se irá en estos días a Huerz y a los baños de Monterrey, y dice que por un largo tiempo, y si no hablo con ella...

PALACIOS.- ¿Que Nor^ma se va...? ¿Estás seguro?

LUIS.- Segurísimo.

PALACIOS (disimulando su molestia).- Bueno, pero, vamos, ¿qué te puede contar ella? Asuntos personales, quizá escenas de alcoba, datos sobre fechas de residencia de Pineda en diversas ciudades, o a lo más fechas de redacción de algunos textos. La crítica literaria no es eso...

LUIS.- Lo sé, profesor, pero ya ella me dio una cita y no puedo cancelarla. Haremos una cosa: hablo con Nora y con Fontenla, tomo mis notas y vuelvo al proyecto original. ¿Qué le parece?

PALACIOS.- ¿Y también tienes cita con Fontenla? Te mueves mucho ¿eh? No se te escape nadie.

LUIS.- Usted me enseñó a no desechar ningún dato. ^{Ahora} No estoy en condiciones de evitar o seleccionar información, sino meramente de acumularla. Apenas he empezado...

PALACIOS.- Sí, Luis, para bien o para mal, apenas has empezado.

LUIS.- ¿Qué quiere usted decir? (Oscuridad).

Escena Segunda

Luz sobre un mueble-bar pequeño y moderno, con mostrador. A un lado del mostrador, el enfitrión Fontenla, en mangas de camisa, y al otro, Luis. Ambos bebiendo, Fontenla de modo notorio, aunque sin los ademanes torpes y clásicos del ebrio, y Luis sólo por cortesía.

FONTENLA.- Mire, jovencito, no olvide que está en mi casa. ¿Soportará usted lo que voy a decirle de Pineda? Pues, por lo visto, usted lo consideraba mucho.

LUIS.- Adelante, le oigo.

FONTENLA.- Mire, hay unos celos naturales entre un periodista de planta como yo y un intelectual como él, más o menos conocido en un pequeño círculo -tampoco vamos a exagerar-, pero que gozaba no sólo siendo colaborador del diario, que para él fue una especie de ascenso, sino gozaba también del pleno apoyo y aun de los mimos de la dirección. Como usted sabe, el mejor espacio para un colaborador es el artículo firmado junto al editorial: él lo ocupaba a menudo, con temas

que los de la casa no creíamos importantes. O sea que no espere que nadie del diario hable bien de él. Ahora, en estas condiciones, ¿todavía quiere seguir oyendo mi opinión?

LUIS.- Sí, por supuesto.

FONTENLA.- Sus artículos podían ser interesantes para una revista, inclusive para un suplemento dominical que él y yo sugerimos de modo coincidente, pero sin acuerdo previo. Un suplemento donde pudiéramos aprovechar su empuje, pues se veía que el hombre quería hacer cosas, una revista, un boletín, un programa de radio, cualquier cosa, en vez de la horrible rutina limeña. Eso es algo muy positivo, lo admito. Pero no debió inmiscuirse en cosas internas del diario, valiéndose de halagos a Martínez, el director-gerente...

LUIS.- ¿Está usted seguro? Pero ¿qué lazo podía unirlo con un director-gerente, que por lo común es sólo un hombre de empresa?

FONTENLA.- Se equivoca usted, si juzga así a Martínez. Se trata de un escritor fracasado, y no lo sé de oídas, no. Yo fui compañero suyo en San Marcos; empezó haciendo empastar lujosamente sus tesis de bachiller y de doctor, para obsequiar unos ejemplares a los miembros ricos de su familia. A cada vieja tía le largaba un beso y una copia de la tesis encuadernada, y así obtenía de regalo unos diez mil soles, que por entonces valían la pena, además de algún viajecito "corto" a Buenos Aires o Nueva York. Más tarde pagó de su bolsillo -digo, del bolsillo de sus tías- ediciones de quinientos o mil ejemplares, que él mismo colocaba en las librerías, donde se vendían muy poco o nada, por supuesto. Al final, sus libros se conocieron algo porque los repartió como programas a los comentaristas culturales de nuestro diario, sólo por eso.

LUIS.- ¿Y qué hay de malo en ello? La mayoría de escritores

peruanos ha obsequiado sus libros o los ha impreso por su cuenta.

FONTENLA.- ¡Pues haber continuado así, o ser catedrático en la universidad, y sentar pascuas! Pero, no. Pineda sabía muy bien que Martínez cojeaba por el lado de las letras. Le endulzó los oídos y lo animó a escribir, a costa de una columna del diario que nosotros perdimos. Desde entonces el fétuo de Martínez asistió incluso a conferencias, y entre él y Pineda se repartieron como un queso la página editorial. ¿Le parece bonito?

LUIS.- Pineda obtuvo lo que quería, por medios dudosos pero habituales en el país, eso es todo. ¿No lo entiende? Conquistó una columna propia, dos o tres veces por semana, un ideal que persigue todo escritor en un medio donde la industria editorial no representa gran cosa. ¡Una columna en el diario! Si usted revisa, como yo he hecho, las colecciones de periódicos viejos, verá a nuestras mejores plumas metidas entre avisos judiciales y anuncios de botica. ¡Ah, y publicaban gratis, eso sí! ¿Dónde esté, pues, la corrupción? No hay nada censurable en ello.

FONTENLA.- ¿Y por qué gratis, vamos a ver? ¡Ustedes mismos se dejan maltratar así, a puntapiés! ¡Pues si no les pagan, no publiquen, y se acabó!

LUIS.- Es muy fácil decir eso, con la sed de decir cosas que hierve en el pecho. ¡Es una fiebre, de algún modo parecida a la que sienten los gerentes por el dinero!

FONTENLA.- En todo caso, los redactores y obreros gráficos no somos culpables del retraso cultural del país. Pero es inadmisible que un colaborador, que ya obtuvo por medios dudosos una columna del diario, se mete aún en la redacción por la ventanilla y desnaturalice todo nuestro esquema periodístico. ¿Qué

hacer con un amigo y protegido del jefe?

LUIS (molesto, pero sin alzar la voz).— Oiga, más cuidado. He venido a pedir datos sobre Pineda, no a oír insultos. No era "el amigo del jefe", sino tenía un valor propio, que ya quisieran muchos redactores de su periódico.

FONTENLA.— Hablo de lo que he visto. Supo meterse a Martínez en el bolsillo y ganar una autoridad que no le correspondía. Y otra cosa más... Pero, no, estamos vacíos... ¿Me acepta otro trago?

LUIS.— Ya no más, gracias.

FONTENLA.— Pues yo sí. Salud. Fíjese, jovencito, véalo de otro modo. No lo juzgo como escritor ni por la influencia, poca o mucha, de sus artículos en los lectores. Lo juzgo como hombre. El mismo día en que el gerente nos lo presentó como el nuevo jefe de redacción, quiso reducir nuestras atribuciones y mandar sólo él. ¿Con qué experiencia, digo yo? Para mí los jefes inteligentes oyen a los expertos y coordinan el trabajo ajeno, sin esas estúpidas ansias de dominio.

LUIS.— ¡Qué ironía! ¡Decir que un artista mandaba en alguna parte del país! ¡Si son los únicos ^{impotentes e} ~~verdaderamente~~ indefensos! Pineda buscaba una posición dentro del diario, para luego dirigir un buen suplemento dominical, de los que todavía no hay, y también apoyar la formación de una compañía nacional de teatro... ya usted sabe, sin teatro no hay cultura y esas cosas... y para ello publicaba de vez en cuando sus reseñas teatrales. ¿No le parecen sus actos muy coherentes con esa meta?

FONTENLA.— ¡Qué suplemento ni reseñas teatrales! ¡Eso lo creí yo también! ¿Sabe lo primero que hizo? Incitar al gerente a convertirse en articulista y hacerlo desbarrar sobre temas como la procesión del Señor de los Milagros, o las

victorias del fútbol nacional, o aun sobre tópicos de agricultura.

LUIS.- Sí, creo recordar algunos títulos huechafos...

FONTENLA.- ¡Pues yo ni siquiera los títulos de aquella basura!

LUIS.- ¡Vaya quién lo dice! ¿Le parece una novedad que los amigos y familiares del director escriben en un diario limeño? ¡Y se llama usted periodista!

FONTENLA.- Bueno, bueno, no se pase conmigo. Es usted simpático e insolente, y eso me gusta. Salud. ¿Otro trago? ¿No, seguro...? Pues yo sí. Salud. ¿Qué diarios buenos podemos tener, querido jovencito, sin libertad interna y sin protagonismo de los redactores, y eso sí, con un sometimiento de los pobres y mortales periodistas a los ilustres señores intelectuales, que nos consideren un subproducto, una deyección de la cultura?

LUIS.- Ése no es un buen argumento. Hebré un intelectual por cada veinte redactores, no más.

FONTENLA.- De acuerdo. Pero ¿sabe qué más hizo su amigo?

LUIS.- No era amigo mío, sino un conocido de mayor edad. Y por favor, no tratemos de relaciones personales; hasta hoy no me ha dado un solo dato importante para su obra literaria.

FONTENLA.- Déjeme acabar. ¿Sabe lo que hizo? Pues nombrar a la señorita Nora^m Sifuentes como su secretería, y con un sueldo, ya le digo... Lo mismo que cualquier gerente vanidoso, abusivo y mujeriego.

LUIS.- No lo sabía...

FONTENLA.- Pero yo no la dejé entrar en la oficina. Le dije a Pineda, dígame bien, usted pronunciará conferencias en cada aniversario de César Vallejo o del Inca Garcilaso, pero aquí se respetan los derechos laborales de nuestro personal.

LUIS.- ¿O sea que fue así?

FONTENLA.- Pues yo no la dejé entrar, sí, señor.

LUIS.- No puedo creerlo.

FONTENLA.- Y hay otras cosas que tampoco creerá de su monstruo sagrado.

LUIS.- Menos ironías y volvamos al grano, si lo hay.

FONTENLA (palmoteando sus hombros).- Me gustas, muchacho, eres insolente. Mira, tu personaje favorito, previendo que yo buscaría el apoyo de los redactores en contra de su amiguita...

LUIS.- Ya sabemos que eran amantes. Está usted muy chismoso esta noche.

FONTENLA.- ¡Y qué me importa a mí si se acostaban juntos! Lo censurable está en que, como su amiguita no pudiera entrar en nuestra sala de redacción, y a pesar de que ella ignoraba mecanografía y taquígrafía, Pineda la mantuvo en la planilla durante dos años, nada menos, dos años...

LUIS.- En una palabra, hacía las mismas porquerías de los ejecutivos capitalistas.

FONTENLA.- Y él se llamaba de izquierda.

LUIS.- Se volvió un criollazo y aprovechó de las circunstancias.

FONTENLA. Por fin. Ahora va usted entendiendo ¿verdad?

LUIS.- Pero esa conducta no influyó para nada en la calidad de sus reseñas y artículos, en su papel de promotor cultural, en su crudeza al describir nuestra sociedad serrana o costeña, en sus látigos verbales contra la clase media, que imita siempre a los pequeños ricos...

FONTENLA.- Sí que hay una relación. Un hombre así tiene menos méritos que Liñán, un linotipista del diario, por ejemplo; un tipo analfabeto hasta hace poco y que ahora escribe cuentos, además de ser el secretario general del sindicato. Ése sí es un hombre admirable; merced a su propio esfuerzo, sin maestros ni

universidad, se ha forjado a pulso como muchos de nosotros...

LUIS.- A mucha honra.

FONTENLA (desconcertado).- ¿Cómo..?

LUIS.- Le faltó a usted decir a mucha honra y tocarse el pecho. (Oscuridad).

Escena Tercera

Salta en el departamento de Norma. Luz sobre los muebles.

Luis aparece sentado, esperando, atento al reloj y leyendo su libreta de apuntes. Luego de una pausa entra NORMA.

NORMA.- Perdóneme, Luis. Por más que no lo deseo, siempre te hago esperar.

LUIS.- Nada de eso. Media hora más, media hora menos...

NORMA.- Se me pasan las horas en blanco. Por fin he descubierto el tiempo, pero no a través del asma de Proust ni de su increíble memoria, sino de la horrible muerte de Pineda, él atrapado en el ^{auto}~~cacha~~, y el ^{auto}~~cacha~~ colgando del precipicio. Esa única visión inmóvil me ha paralizado. Hay como un aire de tristeza que me impide andar o hablar más rápido, así como a los atletas les perjudica el viento en contra...

LUIS.- Y cuando corren así no valen los records ¿eh? Lo comprendo y te admiro. Si yo que lo conocí tan poco quedé tan impresionado, ¿cómo lo sentirás tú..?

NORMA (sentada, hierática, temblando a pocos).- Oh, me arrancaría la cabeza. Si pudiera, me suicidaría con la mayor tranquilidad, segura de hacer algo razonable. Pero he descubierto también la pena de que quizá no haya Dios.

LUIS.- Eso te curará pronto el mismo ambiente. El Dios católico no nos deja un momento. Se ha apoderado del país e incluso de los no creyentes. Los dioses avanzan como manchas de aceite sin respetar los territorios.

NORMA.- Para mí la mancha de aceite es la muerte de Pineda;

lo he invadido todo. Y es también un olor que me hace daño, pero que a la vez me deleita. Es como un acto de posesión que no termine.

LUIS.- Estás conociendo los límites del sufrimiento y del amor. Él fue un maestro en eso.

NORMA.- Eso es lo malo. Le gustaban demasiado los polos extremos. Cuando me cure de esto, mandaré a la mierda el luto que me ha hundido en la piel. Y entonces ^{me}reiré y quizá lo engañe con otro hombre. Sí, me has oído bien. Haré lo que él me hizo muchas veces, qué demonios. ¿A qué tantas contemplaciones con un muerto? Para mí no lo está. Lo siento vivo, y engañándome aún.

LUIS.- La primera vez te avisé yo ¿recuerdas? Lo vi con una muchacha medio japonesa que resultó ser una ^{prostituta.} ~~pata~~. Me equivoqué.

NORMA.- Sí, pero las otras fueron en serio. No lo defiendas.

LUIS.- ¿Defenderlo? Yo lo admiraba como autor, nada más. Como hombre, siempre fue un rival para mí.

NORMA (de pie, riendo con trabajo).- ¡Vaya, muchacho...! ¿Otra vez con tu manía? Has conseguido lo más difícil, hacerme reír... Yo te llevo diez años, eres un crío para mí.

LUIS.- ¿Y por qué no me arrullas, entonces?

NORMA.- Debes tener mejores nodrizas que yo.

LUIS.- Ven a mí, yo te quitaré ese olor a muerto.

NORMA.- No me incites ¿sabes? A lo mejor lo hago.

LUIS.- ¿Por qué te niegas? Él no te quería.

NORMA.- Puede ser.

LUIS.- Te tenía acá, copiando sus originales, mientras... Oh, no me hagas hablar.

NORMA.- Me pagaba por mi trabajo... Bueno, con el dinero del periódico, claro... Fue bueno conmigo.

LUIS.- ¿Por qué no me lo contaste? Tuvo que decírmelo Fontenla.

Pagarte con dinero ajeno le servía de excusa para irse con otras. La excusa de un libro no es suficiente para abrir mi

NORMA.- ¡No me lo recuerdes! (En voz alta). ¿Qué quieres de mí?

LUIS (en un susurro).- Lo que siempre he querido.

NORMA.- Pierdes el tiempo. No soy buena en la cama.

LUIS.- No lo dicen así las páginas de Pineda: algunos poemas, la pieza de teatro que jamás estrenó, un cuento inédito mal guardado. Estés ahí, descrita de pies a cabeza: tus ojos brillantes, húmedos, tus senos orgullosos, tu pubis...

NORMA.- Basta. A ratos eres odioso. Sabes absolutamente todo de él y de mí, y sigues escarbando más. ¿Qué buscas?

LUIS.- Separarte de él.

NORMA.- No merezco la pena. Olvídame.

LUIS.- Ven a mí, te quitaré ese olor a muerto, repasaré tu cuerpo mil veces, y oiré de más cerca tu voz, ese beso de aire que es lo único que me das.

NORMA.- ¿Quieres aturdirme, eh? Y después de usarme cinco minutos me dejarías sola en la cama. Oh, no; junto a ti me siento vieja y fea, lo digo en serio.

LUIS.- ¿Por qué no se casó contigo?

NORMA.- ¡Maldito seas! ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Porque yo no quise!

LUIS.- ¿Y por qué no quisiste?

NORMA.- Es asunto mío.

LUIS.- Pésima respuesta. Es demasiado raro que una mujer llegando a la treintena se niegue el matrimonio. Sólo podría explicarse en una feminista convencida, o si la vida de amantes le cayera de maravilla a su espíritu rebelde. Y tú eres convencional al extremo de...

NORMA (bofeteteándolo).- ¡Basta..! Es un asunto mío, privado,

Pagarte con dinero ajeno le servía de excusa para irse con otros.

NORMA.- ¡No me lo recuerdes! (En voz alta). ¿Qué quieres de mí?

LUIS (en un susurro).- Lo que siempre he querido.

NORMA.- Pierdes el tiempo. No soy buena en la cama.

LUIS.- No lo dicen así las páginas de Pineda: algunos poemas, la pieza de teatro que jamás estrenó, un cuento inédito mal guardado. Estés ahí, describe de pies a cabeza: tus ojos brillantes, húmedos, tus senos orgullosos, tu pubis...

NORMA.- Basta. A ratos eres odioso. Sabes absolutamente todo de él y de mí, y sigues escarbando más. ¿Qué buscas?

LUIS.- Separarte de él.

NORMA.- No merezco la pena. Olvídame.

LUIS.- Ven a mí, te quitaré ese olor a muerto, repasaré tu cuerpo mil veces, y oiré de más cerca tu voz, ese beso de aire que es lo único que me das.

NORMA.- ¿Quieres aturdirme, eh? Y después de usarme cinco minutos me dejarías sola en la cama. Oh, no; junto a ti me siento vieja y fea, lo digo en serio.

LUIS.- ¿Por qué no se casó contigo?

NORMA.- ¡Maldito seas! ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Porque yo no quise!

LUIS.- ¿Y por qué no quisiste?

NORMA.- Es asunto mío.

LUIS.- Pésima respuesta. Es demasiado raro que una mujer llegando a la treintena se niegue al matrimonio. Sólo podría explicarse en una feminista convencida, o si la vida de amantes le cayera de maravilla a su espíritu rebelde. Y tú eres convencional al extremo de...

NORMA (abofeteándolo).- ¡Basta...! Es un asunto mío, privado,

¿por qué voy a revelarlo? ¡Qué me importe si escribes sobre él! La excusa de un libro no es suficiente para abrir mi corazón. Ustedes los intelectuales lo avasallan todo y suponen que una confesión se justifica por el afén supremo de conocer la intimidad del personaje elegido. ¡Al diablo con ese afén supremo! ¿Qué gano yo con mis trapos al sol, flotando sobre la cabeza de mil lectores?

LUIS.- Tu ira ya me respondió. En varios textos suyos hay frases sueltas contra el matrimonio, no sólo civil, sino también religioso: "Nada de leyes nacionales o divinas que me obliguen a vivir contigo, o impidan marcharme feliz cuando, perdido ya el amor, sólo vea tu máscara verde e insostenible". Eso dijo él y lo practicó. No se casó contigo porque, en este país hipócrita, se teme a la pareja de amantes libres y con las piernas y brazos entrecruzados como el mismo demonio. Él prefería el animal de dos espaldas a la solemnidad feble de una boda con traje largo, blanco y luminoso.

NORMA.- ¿Quieres otra bofetada?

LUIS.- ¿Y quieres tú otro párrafo en que él mezcla el amor y el odio?

NORMA.- Ah, sí, su teoría de que el odio y la maldad todopoderosos permiten sólo de vez en cuando el amor... El hombre es muy malo, solía decir, y la sociedad está mal hecha, y la nación es una construcción perversa que se apoya en los espejos y provoca otras imágenes infinitas...

LUIS.- ... y paralelas.

NORMA.- ... infinitas y paralelas. Basta ya, Luis, por favor. No me siento bien. Perdona mis estallidos. (Le acaricia las mejillas).

LUIS.- Y perdona tú los míos. Ven, siéntate y descansa. ¿Pue

do hacer algo por ti?

NORMA.- Sí, hay algo. Recuerda lo que me pidió en su última carta.

LUIS.- ¡Dale con el papel que borroneé el moribundo, en su lecho de hospital, cuando ya no podía hablar! "Busquen a mi hijo, lo eché al nacer y jamás quise recuperarlo. Aquí tienen sus datos". ¡Valientes datos a destiempo! ¡Te gustaría que tu padre volviera a interesarse por ti, veinte años después del abandono?

NORMA.- La verdad, no.

LUIS.- ¡Pues manda al diablo ese recado!

NORMA.- Fue su última voluntad y debo cumplirla.

LUIS.- ¡Es el falso arrepentimiento de un padre olvidadizo!

NORMA.- Vaya, vaya, las cosas que una oye. ¿De dónde, entonces, proviene esa admiración que te hace seguir todas sus huellas, qué escribió, con quién se cartaba, a quiénes conoció? ¡Tú sí lo odiabas!

LUIS.- A ratos, sí.

NORMA.- Ya era tiempo de admitirlo. Es natural, no hay mucho en común entre ustedes dos, aparte del gusto por las letras. En cambio, te pareces demasiado al supuesto hijo suyo que buscamos. Tendría ahora unos veinte años, fue criado por una familia de Huarez, viajó presumiblemente al extranjero y ahora puede ser un joven comerciante o quizá un universitario, en vísperas de graduarse con una tesis doctoral...

LUIS.- Hay algo que no encaja, yo no viajé ^{nunca} al extranjero, soy un patriota incontaminado y peligroso.

NORMA.- P^{ue} ^{de} ser un error de información... O tal vez tú lo enredaste todo, mezclando los papeles inéditos, como haces tus cosas, planeándoles minuciosamente... Ese tarde en el café de Miraflores, cuando él y yo conversábamos muy tranquilos

después de hacer el amor en su casa, te acercaste a mí con el pretexto de que ya me conocías, cuando en verdad a quien perseguías era a él... Todo lo empezaste con un engaño. "Seré su alumno, me matricularé el próximo año en su curso". ¿Por qué ese súbito interés por el hombre, esa repentina elección de su obra -desperdigada e inorgánica, eso dijiste-. ¿Por qué hacerme creer que te importaba yo, cuando lo que buscabas era... ¿qué, su alma..? Quizá eres un espiritualista debajo de esa mirada lujuriosa. (Gritando). ¿Buscas a tu padre, dime..? ¡Pues admítelo y déjame en paz..!

LUIS.- ¡Cállate! No puedes provocar así a un huérfano como yo... ¡No sabes cuánto duele oír esa palabra "padre"..! ¡Cállate, te digo..! (Oscuridad).

Escena Cuarta

Balcón de un edificio muy alto, desde el cual se domina la ciudad de Lima. Abajo, ruido de automóviles y un enjambre de luces que va sustituyendo a pocos la tarde rojiza y moribunda. LUIS y ROGELIO charlan mirando la ciudad.

ROGELIO.- Siéntate, Luis. ¿Te sirves algo?

LUIS.- Sí, un trago doble. He tenido un día malo.

ROGELIO.- Si quieres, llamo ahora mismo a la muchacha japonesa.

LUIS.- Después, después... Este agobio es de otra clase.

ROGELIO (dándole un vaso).- Aquí tienes. Salud, porque tengas suerte en tus investigaciones.

LUIS.- Con tu ayuda, Rogelio.

ROGELIO.- Yo hice la parte más fácil. Es cuestión de costumbre. Todas las tardes me pongo aquí a mirar nuestra capital. Sin ver los horribles detalles, Lima entonces parece todo lo que no es, una ciudad próspera, limpia, interesante y

con un futuro claro. Y sólo debo esperar un poco, entre las ocho y las diez, para ver a los inquilinos volviendo al edificio, a sus cosas rutinarias, pero quizá también para matar unos sueños e inventar otros...

LUIS.- A las ocho y media veías a Pineda volver de la universidad y del periódico al departamento contiguo. ¿Qué hacía, además de recibir a la japonesa dos veces por semana? No me digas que preparar sus clases y pasar a máquina sus artículos, porque eso ya me imagino.

ROGELIO.- Era el más tranquilo y a la vez el más extraño de los vecinos. Le oía levantarse a las siete de la mañana; no se duchaba todos los días; eso debió venirle de su nacimiento serrano, sólo dos o tres veces por semana, nada más.

LUIS.- ¡Eres magnífica, Rogelio! ¡Lo deduces todo!

ROGELIO.- Es natural; un vecino debe aguzar los sentidos y deducir mucho. Por ejemplo, cuando abría las ventanas, yo lo veía muy arropado en su bata. Una bata gruesa y azul, bastante vieja; eso indica que el hombre delgado y alto era friolento, y que tampoco se pasaba mucho rato desnudo con la japonesa...

LUIS (riendo).- De acuerdo. En suma, y como primer juicio, tenemos un hombre delgado y poco sensual, con días fijos para recibir a la japonesa... Continúa.

ROGELIO.- Un hombre al parecer metódico. A las ocho en punto se preparaba el desayuno, como cualquier soltero. Le he visto comprar leche en polvo y muchas bolsitas de mate de manzanilla.

LUIS.- Lo cual, deduciendo...

ROGELIO.- ... equivale a tener un estómago delicado. Pero he aquí una impresión engañosa, pues al volver a casa, a medio día o por la tarde, lo primero que hacía era prepararse un whisky con mucho hielo o un pisco-sour también con mucho

hielo, casi como un daiquirí... Le gustaba preparar sus tragos largamente. Lo que indica que no sólo era de buen vivir, sino que no podía comer así no más, sino previo aperitivo, previo relajamiento... Y algunas veces se levantaba a medianoche...

LUIS.- O sea que estómago delicado, insomnio y muchos nervios. ¡Y pensar que se dominaba tanto que en clase parecía sereno!

ROGELIO.- A un hombre nervioso se le conoce por el modo de escribir a máquina o al hablar por teléfono. Tecleaba de noche y a largos intervalos, como si la inspiración le rehuyese. Y por teléfono su voz era cortante, aguda y baja, de modo irregular, a veces como una flauta y otras como un bajo de ópera. Y también le oí pelear a gritos como un histérico.

LUIS.- ¿Y con quién peleaba?

ROGELIO.- Con esa Norma que tú conoces y también con un tal Martínez, a quien jamás vi. Lo mandaba como a un subalterno.

LUIS.- ¿Al gerente del diario? ¿No te habrás equivocado, Rogelio?

ROGELIO.- Nada de eso. Una vez le dio un ultimátum; le dijo o le das el empleo a Norma o te denuncio por malversación de fondos...

LUIS.- ¡Vaya con el letrado, a quien suponíamos ignorante en los negocios! ¡Tenía a Martínez en el puño...!

ROGELIO.- Y cuando el otro respondió algo que, por supuesto, yo no pude oír, Pineda agregó "ya no busques más a mi hijo, lo haré yo mismo".

LUIS.- ¿O sea que hacía buscar a su hijo por todas partes?

ROGELIO.- ¿Por qué no? Yo haría lo mismo. Un hijo es un hijo.

LUIS (con extraña cólera).- ¡Pero, si se le ha perdido como un paraguas, si no se le amó y cuidó a tiempo, el hijo debe se-

guir sólo adelante, sin complejos ridículos! !Al diablo con las búsquedas forzadas de identidad! !El que perdió el tren, que se quede en la estación!

ROGELIO.- Pues él parecía querer hijos incluso hasta ahora último. Una noche peleó por eso en la cama con la señorita Norma, que insistía en cuidarse.

LUIS.- !Eres muy... cruel, Rogelio! !No sabes el daño que haces con tu sucio modo de pegar la oreja a las paredes!

ROGELIO.- Pero tú quieres saberlo todo ¿no?

LUIS.- Me lo tengo merecido... Lo cierto es que su obsesión por un hijo tiene una base firme, inclusive documental. Descubrí una dedicatoria extraña, en un libro de poemas inéditos. Casi me la sé de memoria: "A mi mujer ilegítima, figura milenaria y distinta, madre de mi hijo perdido, a la cual mi cobardía me impidió unirme".

ROGELIO.- ! Salud por eso! Los autores de hoy ya no dicen esas cosas. Pero ¿quién es ella? ¿Tienes alguna idea?

LUIS.- Por el momento sólo deduzco que puede referirse a una mujer exótica, muy distinta de las demás...

GLADYS (entrando envuelta en un kimono, y con sus rasgos de joven niseis muy notorios).- Y yo también soy una mujer exótica y muy distinta, aunque mucho más joven que la de esa dedicatoria ¿no? Hola, Luis. Creí que me llamarías.

ROGELIO.- Fue culpa mía. Por lo general me esfumo apenas llega Luis, a fin de dejarlos solos. Perdón por retrasarme... (Se prepara a salir).

LUIS.- Perdóname tú, Rogelio, por mis malas costumbres. En verdad, no sé si vengo por hablar contigo o por usar tu cuarto y quedarme aquí con Gladys.

ROGELIO.- Es natural, eres muy joven y te hierve la sangre.

Además, creo que pocos hombres como yo tienen la suerte de ser vecino de una mujer tan complaciente y hermosa como este ejemplar (sale).

LUIS.- Sí, como esta muchacha japonesa que se parece tanto a una novia mía de la universidad; sólo la besé una vez y no pudimos seguir más, se interpuso otro estudiante... Y esa chica, cuatro años más tarde, se ha encarnado en ti, hermosa ^{mujerzuela,} ~~prostituta~~, dulce carne podrida; en cierto modo eres también hija o madre de alguien que te busca o te rehuye. (Empieza a quitarse el saco y la corbata). ¡Vamos, a trabajar! ¡Devuélveme a mi amor perdido...! (Afuera, Rogelio ríe).

GLADYS.- Sigues siendo un niño. Supones que con palabras fuertes vas a volverte hombre. Lo que necesitas es una madre como yo; vamos, agárrate de mí...

LUIS (dejándose quitar la camisa por Gladys).- Y tú empieza a contarme cosas de Pineda. Anda, rápido, empieza, te digo... ¿Qué solía decir Pineda cuando...?

T e l ó n

(25)

ACTO SEGUNDO

Estudio y biblioteca del profesor PALACIOS. En lugar visible, una mesilla rodante con botellas, vasos, cubos de hielo y aperitivos para cóctel. La escena aparece desierta. Suena el timbre. Nadie abre. Al segundo timbrezo, entrar por la puerta anterior PALACIOS y NORMA, semidesnudos, despeinados, tratando de vestirse rápidamente; pero, en vano, están muy nerviosos y suena el timbre por tercera vez.

NORMA.- ¡Maldita sea! ¿Por qué los invitaste precisamente hoy..?

PALACIOS.- Me olvidé de romper la cita. Dijeron que me saludarían por mi cumpleaños. Luis me tomó desprevenido.

NORMA.- ¡Pues mejor entro en el cuarto de baño y tú dices que llegué hace unos minutos! ¿Me oyes..? No te olvidarás de decirlo ¿verdad? (De nuevo, el timbre suena).

PALACIOS.- Bueno, pero vete, vete... (NORMA sale de prisa, sin haber de vestirse y con los cabellos revueltos. PALACIOS tampoco está listo. En voz alta): ¡Ya voy, un momento, ya voy..! ¿Qué diablos pasa con este cinturón..? (En voz alta). ¡Cerré por dentro la puerta y no encuentro la llave, un momento..! (Finalmente abre y FONTENLA ^{entre} ~~entra~~ un poco achispado, como es su costumbre, seguirá bebiendo durante la escena, sin aparecer jamás ebrio). PALACIOS (de mala gana).- Ah, eres tú...

FONTENLA (sin darle la mano).- Feliz cumpleaños, viejo. Tenemos que celebrarlo ¿no? (se frota las manos de contento).

PALACIOS (señalando la mesilla rodante).- Ahí tienes tu quiteneros.

FONTENLA.- Y sírvete también tú, vas a necesitarlo.

PALACIOS.- Te acompaño, pero no veo necesidad alguna.

FONTENLA.- ¿Que no? Luis estuvo de nuevo en el diario.

PALACIOS.- ¿Y qué? Está escribiendo una tesis sobre Pineda ¿no? natural que vaya a documentarse. Me dijo que hablaría conti-

go y yo no solté prenda. No había por qué.

FONTENLA.- Hablas como si las cosas estuvieran claras.

PALACIOS.- ¿Acaso averiguó algo?

FONTENLA.- Estuvo en la biblioteca, leyendo números viejos del periódico, pero luego pidió hablar con unos conocidos de Pineda. Se metió hasta a la imprenta, buscando a unos linotipistas.

PALACIOS.- Bueno ¿y qué? No te preocupes. Es un muchacho apasionado por los artículos olvidados, las reseñas desconocidas, las semblanzas y retratos, todo eso le aloca, es su vida. Yo lo he metido en eso y así seguirá.

FONTENLA.- ¿Y si descubre que Pineda fue también accionista del diario y que jamás recibió dividendos? Ese chico es muy hábil, capaz de publicarlo todo.

PALACIOS.- Te equivocas. A él le interesa la personalidad artística de Pineda, no la de un tonto que compró acciones con vencido de que no ganaría un centavo, por hacerle caso a un amigo como yo y en cierto modo por pagar su entrada en el diario; sí, un tonto que no sospechó cuando lo nombramos jefe de redacción, sin sueldo, por supuesto, y que aceptó sin rechistar nuestro juicio de que no había utilidades. A tipos soñadores como Pineda y Luis no les interesa el dinero, créeme; son unos niños grandes que sólo buscan por el mundo la palabra adecuada, la sonoridad del párrafo, y el remate de un cuento. Son alérgicos a las estadísticas y a las cuentas bancarias.

FONTENLA.- Sé que el dinero no es artístico y que hay hombres reacios a él. Pero dime qué pasará en el supuesto ~~caso~~ de que surja por ahí un heredero que reclama...

PALACIOS.- ¡Qué heredero ni ocho cuartos! El recado de buscar a su hijo me lo transmitió Norma, lo sabes bien, pero yo no me

he ocupado del asunto, ni lo haré. Para mí, no hay heredero posible...

FONTENLA.- ¿Y si Norma llegara a descubrir..?

PALACIOS.- Eso déjame a mí. Le hemos impedido entrar en el diario ¿no? E incluso le hemos pagado un sueldo por no hacer nada; ella está implicada, quieras que no. Y no tiene acceso a la junta de accionistas. Y en ~~el supuesto~~ caso de que descubriera algo, es muy fácil tratar con ella, ofrecerle una pequeña participación, y se acabó. Total, no llegó a casarse con él.

FONTENLA.- Sí, sólo fueron amantes. Lo dices como un reproche. Basta y sobra con eso. ¡Si yo la tuviera en mis brazos por una sola vez!

PALACIOS.- Sueña tú también... Fontenla, los soñadores deben seguir siéndolo siempre, y más aún si les gusta la poesía. Y que Pineda haya heredado un poco de dinero, invirtiendo en el diario por consejo mío, y que tú y yo lo hayamos transformado en una buena suma, es trabajo y mérito nuestro, no suyo. Ahora, si molesta el chico y desea divulgar algunos datos, ¿sabes lo que haremos? Publicar su tesis, sin gastos para él, a fin de que pueda obsequiar ejemplares a sus amigos... o a sus tías. (Ambos sueltan la risa). ¡Ah, son tan divertidos los autores sin público...!

FONTENLA.- Viejo zorro... Tienes razón. Nada de cosas prosaicas con él. En todo caso, pasando de poeta a accionista, el error fue suyo, no nuestro. (Vuelven a reír. Sin que ellos se hayan percatado, NORMA Ha entrado silenciosamente).

PALACIOS.- ¡Bah, y en último caso, tú y yo somos abogados! En este país hay que ser cualquier cosa, pero además... ¡abogado,

por si fallara la primera profesión! ¿Y qué podrá un joven imberbe contra dos abogados..?

NORMA (con voz sorda).- ¡Cerdos..!

FONTENLA.- Pero, ¿estabas tú aquí..?

PALACIOS.- Me olvidé ~~de~~ avisarte... Entró en el cuarto de baño... Llegó unos minutos antes que tú... Norma, por favor...

NORMA.- ¡No me toques!

PALACIOS.- ¿Qué tienes, mujer? Era una historia que nos contábamos para pasar el rato. ¿No vas a creer que..?

NORMA (más alto).- ¡No me toques! (Ella se sienta con la cabeza entre las manos).

PALACIOS (a FONTENLA, en un susurro).- Vete, déjanos solos...

FONTENLA.- ¿Puedo pasar a echarme en tu cuarto? Aquí donde me ves, de pie y sin trastabillar un centímetro, me caigo de cansancio y de tanto ejercitar el brazo, claro está...

PALACIOS.- Pues ya conoces el camino. (FONTENLA sale por la puerta interior. Suena el timbre. PALACIOS duda abrir pero finalmente lo hace. Entran LUIS y ROGELIO).

LUIS.- Feliz cumpleaños, profesor. Éste es Rogelio, el vecino de Pineda que lo conoció más que cualquiera de nosotros.

ROGELIO.- No exageres, Luis. Aunque, claro, si no hubiera sido por una pared que separaba nuestros departamentos, diría que hemos vivido juntos... Muy buenas noches, señorita Sifuentes...

NORMA.- ¿Me conoce usted? ¿A través de una pared..? Pero ¿entonces..?

ROGELIO.- No tema usted. Sólo la vi entrar dos o tres veces adonde Pineda. (Los hombres se miran). Oh, perdón, señorita, no debí decir eso, soy un estúpido...

PALACIOS.- Sí, será mejor que se calle y tome un whisky.

LUIS.- Y yo tomaré otro.

PALACIOS (correspeando, buscando romper el silencio).- Y usted, señor vecino de Pineda, ¿se interesa también por las letras?

ROGELIO.- No, señor, soy empleado de una tienda, vendo telas y ropa hecha. Pero Luis me hace el honor de olvidar mi estupidez y me cuenta cosas de literatos. Conocí al señor Pineda, pero de lejos, claro está, no éramos amigos. ¡Uy, qué de libros hay aquí! Lo que me gusta son las biografías.

PALACIOS.- ¿Biografías? (Señala una estantería). Pues de aquí hasta allá.

PALACIOS.- ¿Y cómo va la tesis, Luis?

LUIS.- Ahí, doctor, recopilando el material.

PALACIOS.- ¿Material para qué? ¿Ya te decidiste? ¿Para algo serio o para una biografía?

LUIS.- Perdóneme, señor, pero la vida de un hombre es algo muy serio.

NORMA (con voz sorda).- Bien dicho, Luis.

PALACIOS.- Sí, pero nuestra Facultad no acepta biografías como tesis de grado.

LUIS.- Pues debería hacerlo. Así se hubieran estimulado biografías de Meriátegui o de Palma. Aquí las buenas biografías o las escribe un extranjero o sirven de mero prólogo a los estudios críticos.

PALACIOS.- Un momento. Pongámonos de acuerdo en los términos. Hay una buena biografía cuando hay una vida interesante que contar.

LUIS.- ¿Y la de Pineda no fue interesante?

NORMA (con retintín).- Sí, profesor, ¿no fue acaso interesante la vida de Pineda?

PALACIOS (en medio de la expectación creada).— La de Pineda, no... ¿Qué hubo de especial en él? Una niñez provinciana, hasta los quince, y luego veintitantos años en Lima, excepto dos o tres viajecitos al extranjero, y en todo ese lapso publicó sólo tres pequeños libros y un folleto. Veamos, uno de poemas, otro de cuentos, y un tercero, que empezó como un diálogo socrático, una especie de teatro inmóvil, y acabó siendo una serie de posibles ensayos sobre la sociedad peruana, un contraste entre Lima y las provincias. Ni siquiera se dedicó a un género determinado; vaciló demasiado sin elegir ninguno. Y finalmente, lanzó un "Índice" de la poesía nacional, donde ubicó a sus propios amigos mejor que a los buenos poetas, como hacen todos los críticos, vaya.

NORMA.— Te desconozco, profesor. Es como si en vez de tu apellido Palacios yo dijera "choza", "cabaña" o "cobertizo". No soy una experta como tú, pero pocas veces he visto una vida tan fértil y variada como la de Pineda. Su niñez serrana, aventurera y sensible está en sus cuentos, así como sus lazos con lo que él llamaba la Naturaleza Creadora. Luego murieron sus padres en un accidente automovilístico parecido al suyo propio, y ahí están sus magníficos recuerdos de ambos, mezclando las figuras vivas con las muertas, en un buen contrapunto; y por fin, de sus investigaciones en Lima sacó dos tomos de ensayos aún inéditos, con una mentalidad rebelde, con el destino trágico de los hombres de izquierda, que siempre surgen o terminan aislados, porque, si forman grupos, éstos se dividen más y más, en una extraña autodestrucción.

LUIS.— Estoy de acuerdo, Norma. Y eso que vivió apenas treinta y siete años.

PALACIOS (bebiendo).— Salud, Luis. ¿Otro trago para ti,

Norma? Sirvese usted, amigo Rogelio. Veo que ustedes dos (señalando a LUIS y NORMA) han formado una especie de frente popular en favor de Pineda.

NORMA.- Nada de eso.

LUIS.- De ningún modo. Creo que se equivoca.

PALACIOS.- Bueno, vamos a ver. Quise decir que las vidas son dignas de una biografía cuando lo obtenido o al menos lo proyectado en ellas exhibe unas líneas maestras cuyo desarrollo sea paralelo a esas mismas vidas. No me negarán ustedes que Pineda no tenía una idea clara de sus intenciones. ~~actividad~~.

NORMA.- Por favor, Luis, cuéntale lo que hallaste el otro día entre los papeles de Pineda.

ROGELIO.- ¿Qué hallaste, Luis? Dínoslo.

LUIS.- Una pequeña autobiografía, de seis páginas, donde muy claramente expone sus ideas sobre él mismo y su obra, y donde termina diciendo, más o menos: "hay unos hombres que culminan el trabajo con que soñaron, y otros, como yo, que en un comienzo sólo limpian su propio camino de dudas y confusiones, pero luego, si hay tiempo o fuerzas, dedicarse al tema principal, que en mi caso será el cuento".

NORMA.- Si hay tiempo o fuerzas: él preveía hasta su muerte en plena actividad. Un accidente en ^{la carretera sur} ~~Paseo~~ y ¡zas! se acabó el futuro genio. Pero ¿a qué recordarlo ya? Los que primero sufren ^{por} ~~con~~ los genios son sus mujeres; a ratos ellos son inaguantables.

PALACIOS (molesto).- ¡Pamplinas, bien que la pasaste con él! ¡Lo amaste siempre!

NORMA (le arroja un vaso, que Palacios rehuye).- ¡Valiente amor que no me ha impedido engañarlo contigo..! ¡Ah, cómo he sido tan ciega..! Tú sólo me perseguías para exhibirme como un trofeo ante él, como una presa robada a sus manos... ¡Me-

nos mal que murió sin verme en tus brazos...!

LUIS.- Cálmate, mujer.

NORMA.- Nada de cálmate. Y no te pongas de su lado.

LUIS.- Sabes que no lo estoy.

PALACIOS.- Así me gusta, las cosas claras... No, usted no intervenga, Rogelio, o como se llame. (ROGELIO iba a hablar, pero cierra la boca). Siga con las biografías. Al fin las cosas claras, eso es. ¡Ustedes dos lo engañaban, no yo! ¡Ha ce un año que tú, Luis, has fabricado el pretexto de la tesis, pero sólo aprovechaste mi amistad con él para llegar al círculo de sus amigos íntimos y después robarle la novia...!

NORMA.- ¡Ojalá lo hubiese engañado con Luis!

PALACIOS.- ¿Quién te lo impidió? No serían los escrúpulos. Porque ahora mismo dice que te vas a descansar a Huaraz. ¿Y con quién? ¿Con Luis?

LUIS.- Es usted mezquino y miserable. Ya lo voy conociendo.

ROGELIO.- Luis, por favor, tranquilízate.

LUIS.- Tú no te metas.

NORMA (a PALACIOS).- Siempre has sido un celoso. Celoso de mí y del prestigio de Pineda, que te ha oscurecido. Y ahora nuevamente celoso de Luis, sin dar en el blanco, claro. Aunque, ¿por qué no aceptar a Luis, que me ronda desde hace tiempo? Sí, Luis, anuncio públicamente que estoy considerando rendirme ante ti.

PALACIOS.- ¡Norma, basta! (Silencio general. Se oye el timbre). ¡Esta casa parece un burdel, todo el mundo llama esta noche!

(Abre y aparece Gladys). ¿A quién busca, señorita?

LUIS.- Perdón, la invité yo, también es amiga de... Pineda.

Pero quizá sea mejor marcharnos todos.

ROGELIO.- Y también es mi vecina, profesor. Pasa, Gladys.

Saluda al doctor, es su cumpleaños.

GLADYS.- Feliz cumpleaños, doctor.

NORMA.- Hola, mucho gusto. ¿O sea que usted la joven a quien Pineda dedicó todo un libro inédito? La felicito y la envidio.

PALACIOS.- ¿Qué dedicatoria? ¿Qué libro inédito?

NORMA.- "A mi mujer ilegítima, etc. etc., con la cual mi cobardía impidió unirme".

GLADYS (contenta).- ¿Eso dijo Pineda de mí? ¿De veras?

LUIS.- No te lo conté porque no se refería a ti.

GLADYS.- ¿No? ¿Y cómo lo sabes?

NORMA.- Sí, Luis, ¿cómo lo sabes? ¿Qué carta vas a sacar hoy de la manga?

LUIS.- No fue escrita para ella, nada más.

GLADYS.- Eres cruel, Luis. ¿Crees que una mujer como yo no tiene sentimientos? Merezo ^{también} una explicación.

LUIS.- Lo siento, Gladys. No fue escrita para ti.

NORMA.- Lo has dicho dos veces, pero sin ninguna prueba.

LUIS.- Prefiero no darla.

NORMA.- ¿Por qué? No quieres que nadie se interponga entre tu personaje y tú ¿verdad?

GLADYS.- Pues conmigo la pasaba muy bien. Me desnudaba, me ponía una estufa al lado de la cama y me contemplaba largo rato. Me daba vueltas y vueltas, mirándome, y no sólo me miraba la cara, como es natural, o algunas partes, como hacen ciertos jovencitos a quienes no menciono directamente...

LUIS.- Muchas gracias, es un honor...

GLADYS.- ..., sino unos sitios increíbles, los pies, por ejemplo, o las orejas. Era un artista, no cabía ^{ninguna} dudas. Me miraba como a una flor; y no porque yo sea bonita, sino porque él era hermoso por dentro.

NORMA (con retintín).- ¿Oyes eso, profesor? Un artista que

la miraba como a una flor. Hasta ella lo ha descubierto.

GLADYS.- ¿Qué quiere decir? Sepa que en su vida yo era tan importante como usted; métase eso en la cabeza, si puede..

LUIS.- No se peleen. Él no quería a ninguna de ustedes dos. La dedicatoria honraba a otra mujer.

NORMA.- Ahora el mezquino eres tú. No soportaría a otro celoso.

LUIS.- Lo dicho, él pensaba en el amor de toda su vida. Así lo dice también en el libro inédito: "Eres tú mi única mujer, nacida en tierra sucia y calumniada".

GLADYS.- ¿Y cuál va a ser esa tierra sucia y calumniada sino la mía, el Japón o la China, el Oriente, que en este país siempre ha sido mal visto, un lugar donde no se debe nacer y cuya raza es motivo de burlas y bromas? Se nos dice injertas, ojos rasgados, fiebre a marilla; pero Pineda, no, y además él era un intelectual y yo una prostituta, ^{formábamos} una combinación perfecta para los observadores inteligentes, decía él, para hombres con mucha sensibilidad y que desafían las convenciones sociales...

LUIS.- Bien dicho, Gladys. Pero la tierra sucia y calumniada fue siempre para Pineda su propia patria, poblada originalmente sólo por indios, y por indias, claro está...

NORMA.- ¿Por indias...? ¿Estás insinuando que...? ¡Qué boca inmundada la tuya! ¡Echarle encima una amante india! ¡Sólo eso faltaba para desprestigiar a Pineda en una ciudad como Lima! ¡Mientes...!

FONTENLA (entrando por la puerta interior, algo recuperado).- ¡Bravo, Luis! (aplaude en forma solitaria). Es lo más novedoso que he oído. La noticia es de primera página: Joven ~~poeta~~ intelectual dedica libro inédito a india de Chumbivil-

cas. ¿De dónde es la mujer, Luis? ¿De Chumbivilcas?

NORMA.- Luis miente. Lo veo en su sonrisa. Fíjese, Gladys. ¿No es la misma sonrisa irónica con que ~~la~~ dice que no ama a nadie? Pues a una amiga también se lo dijo, en una confesión melodramática: "No amo a nadie, enséñame a amar". ¡Mientes, hace un año que vienes diciendo que me amas a mí!

LUIS.- No me crees ¿eh? ¿Y tampoco ninguno de ustedes?

FONTENLA.- Si tuvieras alguna prueba, muchacho... Vamos, defiéndete.

PALACIOS.- Sí, no tengas miramientos con Norma; te saca las intimidades en público. Habla, si tienes algo que decir.

GLADYS.- Una india o una muchacha japonesa ¿qué mas da? Ambas tenemos nuestro país lejano y perdido...

LUIS.- No sólo sé su nombre, que es Tarcila Pascuala Julca, sino tengo aquí su fotografía. (NORMA y GLADYS se disputan la fotografía de sus manos. NORMA la mira, da un grito de sorpresa y horror, y la arroja al suelo, de donde la recoge GLADYS, y luego circula de mano en mano. Sólo ROGELIO no se muestra sorprendido.

NORMA (a bofeteando a Luis).- ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Qué quieres? ¿Compararme con una india sirvienta, de trenzas largas y polleras hasta el suelo, de ésas que ni siquiera se atreven a venir a Lima, sino que se quedan en la puna? ¡Yo fui su amante, pero también su novia, íbamos a casarnos en dos meses más, ustedes lo saben! ¡A la mierda con esa mujer apestosa y repugnante! (Se sienta, busca un cigarrillo y lo enciende nerviosamente).

GLADYS.- A mí no sé si me ofende o no, pero me siento muy mal. Debe ser el trago. Me voy a casa, disculpen, por favor...

ROGELIO.- Te llevo yo, vecina, no faltaba más. Daremos un

paseo, te hará bien. Buenas noches a todos. (Salen ROGELIO y GLADYS).

PALACIOS.- Admito, Luis, que esto sí es algo nuevo en la biografía de niño bien de Pineda.

FONTENLA.- Espera no más a que lo ponga en manos de mi redactor de páginas especiales. ¿Puedo sacar una copia de la fotografía? ¿Dónde está...? ¿Quién la tiene...?

LUIS.- No lo sé. Pero sabía que desaparecería o que alguien iba a romperla. Tengo más copias, sabueso, no te preocupes.

FONTENLA.- Vaya, Luis, tú eres de los míos. Salud.

NORMA (reaccionando).- Pero algo falta en esa foto: ¡tú, al costado de ella!

LUIS.- Si quieres imaginarme así, no me importa lo más mínimo.

NORMA.- ¿Y por qué no te importa?

LUIS.- Porque no.

NORMA.- Te haces el que no tiene prejuicios^{raciales}, ¿eh? Mentira. ¡Porque ella es tu madre! ¡Por eso!

PALACIOS.- ¿Cómo? ¿Qué...?

FONTENLA.- ¡Vaya, otra noticia de página especial!

NORMA.- Señores, les presento al joven heredero...

PALACIOS (mirando a FONTENLA).- ¿Heredero...?

NORMA.- ... de las dos culturas, al mestizo de india y de blanco; al fingido redactor de una tesis, cuyo único interés consistió en seguir las huellas de su padre, que lo vio nacer en Huaraz hace veinte o veintiún años. ¡Fuiste tú, el amamantado con leche india, que ~~avances~~^{lo} me has contado a veces! "Tenía yo un ama india". ¡Mientes, era tu madre! Con el contrabando de estudiar una vida de artista, has metido tu identidad por entre las convenciones sociales, ^{pero} tú mismo te avergüenzas de ello! ¡Por qué no hablas quechua, vamos a

ver? (Remediándolo). "No sé quechua; donde nací siempre hubo un pueblo fundado por mineros españoles". ¡Falso, eres tú el hijo perdido y buscado por el padre muerto! ¡Y ahora escribirás un libro sobre él, como hacen tantos hijos idiotas, "Vida y obra de Jorge Pineda, por Luis Pineda"!

PALACIOS.- ¡Esto es el colmo!

NORMA.- ¡Un tímido con disfraz de investigador! Pues bien, crítico de pacotilla, aquí acabó tu carrera de sabueso. ¡Hijo de madre analfabeta y de padre ilustrado, neurótico y vacilante, para siempre serás un acomplexado mestizo, un perdido entre dos mundos! (Silencio general).

FONTENLA.- Estoy esperando, Luis. Rara vez te quedas mudo. O mejor, que baste el silencio. ¿Eres tú, pues, el heredero...?

PALACIOS.- Olvídate de la tesis, muchacho, te daré otro tema. No sabes cuántas monografías frustradas he visto en San Marcos...

LUIS.- Ahora óyeme tú, Norma, Si no te hubiese amado hasta esta misma noche, te haría tragar tus propias palabras. Eres tú la injusta y la falsa, y todavía tienes un nombre ridículo, para mofa de toda tu vida. No hables jamás de mi madre, que no es india, para su buena o mala suerte, sino otra mestiza medio blanca como tú y que vive enclaustrada en mi casa, prácticamente sin salir, a menos que se trate de algo indispensable, y tan devota de mí como si yo lo mereciera, o fuera un pequeño dios que exige el sacrificio de su cuerpo y alma. Me quiere más de lo que amó nunca a su marido. Y en cuanto a mi padre, sólo tienes razón al suponer que es una sombra, cuya vaguedad hace pensar en otro. Lo vi morir cuando tenía yo cinco años, pero la marca de mi orfandad se ve sin duda en todos mis actos. Sí, soy un huérfano que va en pos de una sombra, y la sombra existe y no se materializa nunca en un hombre, así fuera estúpido, rapaz y falso como algunos que conozco... Es curioso. He visto muchas

veces, en libros y en el cine, historias de hombres difuntos cuyos deudos, al mes del fallecimiento -porque sólo hace un mes de la muerte de Pineda-, se lanzan uno contra otro, peleando como fieras por la herencia. Con o sin el notario al fondo, haya o no testamento, pronto los hipócritas herederos pierden las caretas y despellejan al muerto. Pero si a Pineda (mirando a FONTENLA y a PALACIOS) sus "amigos" lo despellejaron ya en vida y le robaron su pequeño capital, haciéndole invertir en un diario que todos conocemos, sin pagarle jamás utilidades, entonces ¿qué pedazo de carne van a quitarle una vez muerto? Sobre todo cuando, para suerte de esos buitres, Pineda no dejó herederos...

FONTENLA.- No dejó herederos...

NORMA.- ¡Está mintiendo! ¡No le crean!

LUIS.- Repito, no dejó ningún heredero. Tuvo un hijo, sí, y se llamó José Pascual, pero murió tuberculoso, abandonado por Pineda, en un hospital de caridad, de los que había antes, claro, víctima de la pobreza en que le había sumido un escritor que, luego, en sus libros, arrepentido sólo literariamente, derrochó una melancólica tristeza llamando a voces a su hijo lejano. Fue otro disfraz del hombre culto.

NORMA.- ¿En qué te basas para decirlo?

LUIS.- Tengo las pruebas; lo he investigado todo. He visto la partida de defunción del chico, sólo llegó a los ocho años, repito para los sordos, ocho años, ni siquiera llegó a vivir los veinte o veintiún años en que nos hizo pensar el ilustre autor...

NORMA.- ¡Mentira...!

Palacios.- ¡Qué buena noticia! (Da golpecitos en la espalda de FONTENLA).

FONTENLA.- Basta, no quiero saber más. Te creo, muchacho.

Si no deseas acabar como autor de libros que no se venden, puedes ser periodista, por qué no, columnista de temas culturales en la página editorial... Piénsalo, y ven a verme al diario. Tú eres de los míos. (Lo abraza).

PALACIOS.- Norma, estás fría, tiemblas. Siéntate, necesitas un café bien fuerte.

FONTENLA (saliendo por la puerta interior).- Lo prepararé yo, soy un experto en café para gente fría.

PALACIOS.- Ahora que se ha aclarado todo, olvida lo que dije, Luis, y sigue adelante con tu trabajo. Te saldrá muy bien; lo sabes todo de él. Y olvida también mi estúpida teoría de que su muerte temprana favoreció su imagen; fui envidioso al decirlo. Él ya era alguien cuando murió. Algún día lo reconocerán todos y le pondrán su nombre a una calle, que es lo más que hacemos acá por un hombre importante.

LUIS.- He cambiado de idea, profesor. Mezclaré paso a paso su vida con su obra; por ejemplo, a continuación de decir lo que gustaba comer en el almuerzo, copiaré un poema suyo dedicado a la tarde; o si menciono un texto favorable a la vida, contaré en seguida cómo dejó morir a su hijo.

PALACIOS.- Un método movidoso, lleno de contrapuntos. Manos a la obra, muchacho. ¿Por qué no?

FONTENLA (desde adentro).- Vengan por el café. Aquí estaremos más cómodos.

PALACIOS.- Vamos, Norma, Luis...

NORMA (a PALACIOS).- Ve adelante, yo te sigo... (PALACIOS sale por la puerta interior). Esta noche, jovencito, nos hemos dicho cosas muy feas. Y somos tan tercos que ninguno de ambos pedirá disculpas ¿no? (Pretende acariciarlo. LUIS la rechaza con delicadeza). ¿Quieres que me vaya mañana de viaje? ¿O me quedo? En cierto modo depende de ti.

LUIS (extrayendo del bolsillo un anillo).- Si decides marcharte, llévate esto. Es el anillo por el que murió Pineda. Un simple adorno que ni siquiera te obsequió él, a quien dices que amabas.

NORMA.- ¿Cómo te atreves..? ¿De dónde lo has sacado..? ¿Esque vas a rebuscar y remover toda mi vida..?

LUIS.- Me lo dio la policía, estaba en sus bolsillos, junto con algunas llaves. (NORMA vacila, se cubre la cara con las dos manos, pero sólo un segundo). Sabías que no ^{manejaba} ~~conducía~~ bien, que sólo estaba aprendiendo a hacerlo, y que además era un chofer distraído como muchos artistas; y sin embargo, le obligaste a volver a Ica, donde estuvieron todo el día de paseo, porque olvidaste el anillo en el cuarto de baño de un restaurante. Estaba cansado y no sabía manejar bien, ni siquiera de día; pero por un ridículo concepto de la propiedad, y por un maldito anillo que no era valioso, lo mandaste de noche a la muerte. No llegó siquiera a Punta Negra.

NORMA (estalla en sollozos).- ¡Calla, por Dios, me vas a volver loca...! ¿Crees que yo no me siento culpable..? ¡Fue un accidente...!

LUIS (empujándola a la salida interior).- Y ahora vete con los demás herederos... Saborea el café para gente fría y pálida. (La hace salir).

NORMA (desde adentro).- ¡Oh, Luis, Luis...!

FONTENLA (desde adentro).- Luis, ven con nosotros, ¿qué haces ahí solo..?

LUIS (avanzando al proscenio).- No estoy solo.

FONTENLA (desde adentro).- ¿Qué dices..?

LUIS (de cara al público, seguro de lo que dice).- ¡Que no estoy solo!

TELON

M A M A

S U E Ñ O

Pieza en un acto y dos escenas

por

C. E. Zavaleta

Madrid, 1980

ESCENARIO

Petio de una rústica casa de dos pisos, en un pueblo de la sierra de Ancash, Perú. Al fondo, el zaguán que da a la calle (apenas visible en un tramo). A la derecha, dos puertas, una al comedor y otra a los dormitorios; a la izquierda, el vano sin puerta de la cocina y más allá la pequeña verja del establo. Como únicos muebles sobre el piso desnivelado de tierra, un trípode con lavatorio, una jarra grande de agua, y una banca larga y desnuda. En uno de los pilares que sostienen el segundo piso, se ha colgado un espejo y en otro la tohella. Del segundo piso cuelgan sobre el petio jamones serranos, estribos, jatos, monturas para caballos y aparejos para borricos. Época: década de los cincuenta.

PERSONAJES

ALFONSO, joven universitario limeño, hermano de Cecilia.

LUCAR, dueño de casa, hombre basto de unos cuarenta años, de carácter firme aunque bondadoso; aparece en pantalones de montar.

CECILIA, esposa de Lucar, más joven que éste; mujer despierta y satisfecha de vivir.

ADEGUNDA y ESDRAS, niña de ocho años y adolescente de catorce, respectivamente; hijos de Lucar y Cecilia.

CORINA, mujer india, de unos cincuenta años; no habla bien el castellano, pero tampoco comete demasiados errores de construcción o dicción. Descalza, usa faldas de color oscuro, hasta el suelo, y una blusa o "monillo" de tonos muy vivos. Su traje anticuado y modesto contrasta con los modernos de los demás personajes.

ESCENA PRIMERA

(ALFONSO pasea por el patio y LUCAR sale de los dormitorios).

ALFONSO.- Buenos días, cuñado. ¡Brrr, qué mañana tan fría, menos mal que el sol brilla como en las películas del oeste! ¡Y esas nubes tan increíblemente blancas sobre el cielo azul! ¿Cómo se llaman, cúmulos, cirros..? Los costeños sabemos poco de nubes. ¡No me digas que vas a quitarte la chompa..? ¿Con este frío? ¿Y la camiseta también..? ¡Increíble! ¿Cómo puedes soportarlo? Estamos casi a cuatro mil metros de altura y sin duda a unos dos o tres grados sobre cero. ¿No lo sientes..? ¿Y todavía te vas a lavar acá, a la intemperie..?

LUCAR.- Pues sí, ¿por qué no? El frío es un gran tónico para nosotros. Sin este clima no se hubieran hecho tantas cosas en la sierra...

ALFONSO.- Pero al menos el agua estará siquiera tibia... A ver...

LUCAR (enjabonándose la cara y las axilas).- Muhecho, el agua es lo mejor que tenemos aquí, junto con el pan y la leche, claro.

ALFONSO.- ¡Pero si está casi congelada! ¡Te apuesto a que le falta poco para convertirse en un adoquín! ¿No tendrás por acá un termómetro?

LUCAR (riendo).- No, jovencito, nadie tiene termómetros en un pueblo serrano. Son cosas refinadas e inútiles de la costa.

ALFONSO.- Bueno, pero se puede calentar el agua; no tienes más que llamar a la sirvienta, ¿cómo se llama?, Culi...

LUCAR.- ¡Culli! El quechua es más dulce; es un diminutivo

de Corina. Y elle no es nuestra sirvienta, sino nuestra muchacha; así la llamamos aunque tenga cincuenta años...

ALFONSO.- ¡Pues pídele a Corina que traiga agua caliente!

LUCAR.- Se me reiría en las narices, como si yo estuviera enfermo o fuera uno de esos de sexo equivocado, como hay muchos en la costa y que debes conocer bien... digo, de vista... ¿No me dirás que te lavaste con agua caliente en la pensión?

ALFONSO.- Claro que sí.

LUCAR.- ¿Y qué te dijo la muchacha?

ALFONSO.- Se rió, pero me lavé con un agua deliciosa. A propósito, ¿no hay en el pueblo otra pensión, que tenga un aparato, así sea rudimentario y más o menos parecido, aunque fuese de lejos, o... una ducha?

LUCAR.- No, Alfonso, te lo dije ayer. Hay una sola pensión, la de la Puerta Julia, donde te hospedas, pero sin ducha. Las otras dos son posadas para indios, unos pesebres donde los pobres duermen en el suelo, pero también pagan por ello, como cualquier cristiano. (LUCAR termina de arreglarse).

ALFONSO.- Pero ¿sabes? Ahora que veo vestirme en pleno patio, gozando de este aire puro, y cuando pienso que estoy lejos de la oficina, a cientos de kilómetros, la vida acá no me parece tan mal. ¿Por qué no damos un paseo antes del desayuno?

LUCAR.- Lo siento, yo no me paseo nunca; debo ir a la chacra. Además, tendrías que cambiarte esos zapatos.

ALFONSO.- ¿Qué pasa con éstos? Me costaron un plátel en el Jirón de la Unión. Son ingleses, ni siquiera limeños.

LUCAR.- Aquí éstos no resisten una caminata. Y también tendrías que quitarte la corbata, y esa camisa fina, hay mucho polvo...

ALFONSO.- ¡Quítame todo! ¿O sea que nada de lo que uso vale para ti? ¡Caramba! Pareces presidente de un club de palogruesos. No se deja pasar a nadie sin el traje adecuado. ¿Y para qué cambiarse? ¿Para que me vean los burros y arrieros por el camino a La Pampa? ¡Ni siquiera vi subir a un autobús por ese troche del diablo!

LUCAR (sin enojarse).- Ese troche es lo único que nos dejó la gentusa de Huarez y de Lima, que sin duda conoces muy bien... digo, de vista... ¿Y sabes por qué? Porque la partida especialmente girada para construir la carretera fue a parar a los bolsillos de los palogruesos. Dicen que se equivocaron al medir la distancia entre La Pampa y Corongo, no sabían usar el metro, los pobrecitos, y que ahora necesitan nuevos fondos. Lo dicho, estamos esperando más plata del Gobierno porque el camino acabó en el bolsillo de los notables. Igual que siempre, como en los terremotos, cuando las bolsas de ropas, víveres y mantas se quedan en casa de los ricos. ¿Eres peruano?

ALFONSO.- ¡Qué pregunta!

LUCAR.- Entonces no me explico qué te pase, no conoces tu propio país. Estamos sin desayunar y hablamos de eternidades sin remedio.

(CORINA sale con una pequeña mesa en brazos, que coloca a un costado, sirviendo el desayuno compuesto de un plato de sopa, una taza de café y un pan sin mantequilla. ESDRAS entra feliz y corriendo).

ESDRAS.- Buenos días, mamá Culli; buenos días, papá; buenos días, tío Alfonso. Yo te ayudo, mamá Culli; traeré el pan y el azúcar.

ALFONSO.- ¿Cómo, también vamos a desayunar aquí afuera, al resó?

LUCAR.- ¿Y por qué no? ¿O no tienes hambre? En esta casa no se exige a nadie; si no quieres...

ALFONSO.- Por supuesto que quiero. Tienes razón. ¡Qué mejor desayuno que el servido bajo este cielo! Aunque sigue haciendo frío ¿verdad?

ESDRAS.- ¿Frío? Pues yo no siento ni hostia.

(Entre CECILIA y se sienta silenciosamente a la mesa).

ALFONSO.- Buenos días, hermano... Qué calladita. ¿Sucedó algo?

CECILIA.- Oh, perdón, Alfonso, buenos días... ¿Ya volviste de la chacra, marido?

LUCAR.- No, me levanté muy tarde y me entretuve conversando con Alfonso. Pero en un ratito más me voy.

ALFONSO.- ¿Cómo, sopa en el desayuno..?

LUCAR.- Sí, sopa de arvejas y con huevos escalfados dentro. Es un plato delicioso, los indios le llaman cashqui. Pero, déjela si no te gusta, ya Esdras se la despachará en un santiamén.

ESDRAS.- Sí, tío, pásamele.

ALFONSO.- Si no lo digo por eso... La probaré, a ver, pues sí, esté muy rica... (CORINA sigue sirviendo la mesa).

CECILIA.- Oye, Lúcar, mi viejo lindo, no sé qué hacer con Adegunda.

ALFONSO (riendo).- ¡Vaya nombre, Adegunda...!

CECILIA.- ¡Por favor, Alfonso, te portas como un niño! Desde ayer estás criticando ese nombre antiguo y castizo. No es quechua, por si acaso. Lo que importa es su salud, no su nombre.

ALFONSO.- No es para tanto, hermana...

LUCAR.- ¿También lloró anoche?

CECILIA.- Otro larguísimo concierto, imagínate, y yo sin dormir desde hace una semana. Mamá Culli, ¿no podrías llevarte a Adegunda a los altos y dormir con ella?

CORINA.- Lo que diges, niña. Llevo mi pellejo para el suelo y ya está. (Se sienta en el suelo y desayuna poniendo el plato de sopa en su regazo).

ALFONSO.- Pero Adegunda ya es grandecita ¿no? Podría tener su cuarto propio. Arriba hay varios vacíos, aunque sin amueblar, claro.

CECILIA.- Y porque estén sin amueblar debes dormir en aquella horrible pensión. Hemos tenido muchos gastos, hermano. Pero quizá en tu próximo viaje te quedes ya con nosotros.

ALFONSO.- ¡Si no lo digo por eso! ¡Vaya, sigo torpe este mañana, no sé explicarme! Quiero decir que, a sus ocho años, Adegunda es ya una mujercita y no debe sentir tanto miedo a la oscuridad. No es normal. En la costa, por ejemplo...

CECILIA.- Miedo a la oscuridad y a otras varias cosas.

LUCAR.- Sí, cuñado, tu hermana dice bien. Miedo a la oscuridad y a otras varias cosas que le han ocurrido, como, por ejemplo, dos o tres aluviones a medianoche, una caída del cabello, una maestra de escuela que no la entiende, una mordedura de culebra, y un mes al año durmiendo en chozas de indios durante nuestra cosecha de papas en Yupén. Hechos absolutamente comunes a todos los niños de la sierra, sin excepción alguna. Un buen record de resistencia, ¿no te parece?

ALFONSO.- Con todo eso, no me extraña que se sienta mal. ¿Y no han llamado a un psiquiatra?

LUCAR (riendo).- ¡Alfonso, por los cien mil diablos, aquí no hay ni puede haber psiquiatras! Somos incompatibles con

ellos, se morirían de hambre tocando de portón en portón, y no hablemos del psiquiatra cabalgando por la puna y tocando las chozas. ¿Tocando qué, vamos a ver, si las chozas de paje no tienen puertas? Sus honorarios tendrían que ser pagados en huevos, o en cuyes, o en queso. ¡Psiquiatras...! (Sale).

ALFONSO.- Bueno, perdón, sigo desberrando esta mañana. Quisiera decir si no han consultado a un médico, a cualquier médico.

CECILIA.- Acá no hay médicos, querido hermano, ni tampoco farmacias. Hemos firmado muchos memoriales pidiendo las dos cosas y la respuesta ha sido enviar una vez cada seis meses al médico de Cabana. Cuando finalmente llega, hay una cola tan larga en su puerta, que muchos nos damos por vencidos antes de acudir.

ALFONSO.- ¿Y qué haces si necesitas un remedio?

CECILIA.- Tenemos la tienda de un "curioso", que receta y vende algunos productos.

ALFONSO.- ¿Quieres decir un curandero?

CECILIA.- Fue él quien nos recetó bañarla con flores a la intemperie.

ALFONSO.- ¿Con flores...? ¿Y qué efecto puede producirle? Un simple acto de brujería, un conjuro del Mal, una lucha simbólica contra el Enemigo...

CECILIA.- Pues ni creas. Pareció mejorar y que el susto le hubiera disminuido; pero en eso se cayó del cabello y volvió a empeorar.

(CORINA se ríe burlonamente).

ALFONSO.- ¿Y tú, de qué te ríes?

CECILIA (en voz baja).- No te metas con ella, no la molestes.

ALFONSO.- ¿Por qué tantos miramientos?

CECILIA.- No sé qué haría sin ella. Quiero que esté contenta.

ESDRAS.- Ya terminé, Mamá Culli. Llévame a jugar.

CORINA.- Sí, niña, pasearemos por el pueblo. (Lo hace montar sobre sus espaldas).

CECILIA.- Pero que el chico no se acerque al río, por favor.

CORINA.- Ya está curado, niña. Ya no tiene miedo.

ESDRAS.- Claro que no, mamá; eso fue antes. Vamos a llevarnos a Adegunda ¿ya? (Salen CORINA y ESDRAS).

ALFONSO.- No sé si estoy equivocado, Cecilia. La vida en la sierra es distinta, por supuesto; pero no olvides que Corina es una analfabeta y que sus costumbres son casi absolutamente indias. ¿No crees que debieras buscar otra ama para mis sobrinos? No digo que te deshagas de ella, sino que conserve, por ejemplo, su empleo de cocinera o lavandera, nada más. Los chicos se la pasan con ella todo el tiempo.

CECILIA.- Pero ésa es justamente una suerte ¿verdad? Si no fuera porque los cuida bien, no podría dedicarme a otros menesteres de la casa. Aquí todo es diferente de Lima. Los víveres hay que comprarlos en la chacra misma, para que resulten buenos y baratos, o en las casones de los hacendados, que sustituyen a las tiendas. La fruta y las verduras, en la huerta de don Cayetano; las papas, en la chacra de la viuda doña Hermenegilda; la carne, especialmente corderos, lechones y cabritos, en el camel que el señor Bernuy ha improvisado en su corral; y el pan y rosas y bizcochos, en el horno de don Julián. Y para todo eso necesito tiempo, pues además debo recibir el trigo, centeno y forraje que me manda Lúcar desde nuestra chacra y que ~~ahí~~ almacenamos en el terrado; de vender estas cosas vivimos nosotros. Y no te digo nada de

cuidar a los caballos, gallinas y chanchos del pesebre.

Claro que me ayuda otra sirvienta; pero las cosas deben salir tan bien como le gustan a mi marido.

ALFONSO.- Te entiendo, llevar una casa, o una especie de granja, no es fácil. Pero me refiero a otra cosa, a ese... gran intimidad... a ese cariño filial que parecen sentir los chicos por Corina...

CECILIA.- ¡Pues lo merece! ¡Es tan buena, honrada y trabajadora! ¡Es mi brazo derecho!

ALFONSO.- Pero, ¿no te parece demasiado que tus hijos..., en fin, perdóname la franqueza, que tus hijos duerman con una... india? No tengo prejuicios raciales, pero no se le ve muy limpia que digamos.

CECILIA.- Sí, antes de pasar a sus camas, los chicos se acuestan un rato con ella.

ALFONSO.- ¡Pero ella duerme en el suelo, sobre un pellejo..! Piensa, Cecilia. ¿Para esto has venido a la sierra, para que tus hijos contraigan una serie de enfermedades?

CECILIA.- No olvides que he venido a la sierra a pintar y que Lúcer heredó esta casa.

ALFONSO.- Y tú no me vas decir que esa mujer se baña alguna vez.

CECILIA.- Claro que sí, en el río.

ALFONSO.- El río está horriblemente sucio. La otra noche estaba tan oscuro que me equivoqué de cuarto y tropecé con un bulto del suelo y me caí encima. ¿Y qué hallé, vamos a ver? A esa india y a tus dos hijos formando un ovillo sobre el pellejo. Cinco minutos después ya sentía unas pulgas por el cuerpo.

CECILIA.- Basta, no exageres. Eres mi hermano y te quiero, pero si vas a criticar nuestra casa y nuestra servidumbre.

sería mejor que te marcharas.

ALFONSO.- Abre los ojos, mujer. Eso no es lo más grave. Durmiendo con ella, en su seno, siendo abrazados y cuidados desde darles el pecho hasta pasar todo el día juntos y tumbarse por la noche en el mismo pellejo, los chicos perderán su cariño hacia ti. Ella te robará su afecto, tarde o temprano.

CECILIA.- Si no fuera una india, lo creería; pero justamente Corina es incapaz de pretender sustituirme.

ALFONSO.- ¿Por qué estés tan segura?

CECILIA.- Porque he sido ama de mi marido y ya ves los resultados. Lúcar me adora y soy muy feliz con él.

ALFONSO.- ¿Que también crió a Lúcar..? ¡Vaya noticia...! ¿O sea que el hombre rudo y fuerte de ahora fue alimentado con leche de esa india, y durmió sobre una cama de pellejos de carnero con su madre postiza hasta los... ¿hasta qué edad, hermano?

¿Hasta qué edad durmió tu marido con Corina..?

CECILIA.- ¿Qué insinúas? Hasta los quince o dieciséis, es la costumbre en el pueblo.

ALFONSO.- ¿Y te parece bien? Hablas de este pueblo o quizá de una parte de la sierra, pero no es una costumbre de toda la región, ni menos nacional. Según los últimos avances de la pedagogía, se recomienda que los niños se liberen lo más pronto posible de tutelajes o lazos aberrantes, incluso de esos amores excesivos de algunos padres que ahogan cariñosamente a sus hijos. Todo vínculo en la infancia es poderoso y se vuelve casi eterno en la vida de un hombre. Hay que cuidar las influencias que recaigan sobre él. Y en el caso de amas y nodrizas, la madre no debe permitir que sus hijos dependan demasiado de ellas. Hay que vigilar los afectos, mujer,

el ser humano se encariña fácilmente.

CECILIA.- Hablas como un profesor engreído y tonto, querido hermano. Hay cosas más profundas que esas normas de pediatría superficial. Especto a los niños de la sierra, hay influencias sobre ellos que no son humanas, que provienen de la naturaleza, de la tierra y del agua, fuerzas reales que se manifiestan en los terremotos y aluviones, y aún más en las noches lóbregas. Recuerda, aquí no hay luz eléctrica y la oscuridad de las noches es hermosa para los adultos, pero temible y misteriosa para los niños; y en los aguaceros interminables, parece que la lluvia te va a disolver a ti mismo, y vas a desembocar tú, sí, tú, en un río caudaloso que se comerá a dentelladas huertas y sementeras... Para moderar esas influencias, para restablecer el equilibrio entre la naturaleza y el hombre, así como en los entierros acudimos a las lloronas indias que comparten nuestro dolor, que de otro modo nos ahogaría, así también para criar a los niños recurrimos a las amas indias, las únicas en el mundo -sí, lo sé, he viajado tanto como tú fuera del país- que se entregan en cuerpo y alma a los hijos ajenos y los cuidan no sólo de caídas y peligros normales, sino de peligros invisibles, sutiles, aéreos... ¿Para qué seguir? Se ve que no me entiendes...

ALFONSO.- No hay mucho que entender. Las cosas son claras. En tu casa hay otra mujer, y todavía primitiva, sucia, vieja y fea, que desde que tu marido tenía dieciséis años...

CECILIA.- ¡Y vuelves a insinuarlo...!

ALFONSO.- Las cosas claras, he dicho. ¿Qué sucede en una cama, así sea de pellejos de cordero, donde se acuesta una mujer, que en ese tiempo tendría unos veinticinco años, con

el ser humano se encariña fácilmente.

CECILIA.- Hablas como un profesor engreído y tonto, querido hermano. Hay cosas más profundas que esas normas de pediatría superficial. Especto a los niños de la sierra, hay influencias sobre ellos que no son humanas, que provienen de la naturaleza, de la tierra y del agua, fuerzas reales que se manifiestan en los terremotos y aluviones, y aún más en las noches lóbregas. Recuerda, aquí no hay luz eléctrica y la oscuridad de las noches es hermosa para los adultos, pero temible y misteriosa para los niños; y en los aguaceros interminables, parece que la lluvia te va a disolver a ti mismo, y vas a desembocar tú, sí, tú, en un río caudaloso que se comerá a dentelladas huertas y sementeras... Para moderar esas influencias, para restablecer el equilibrio entre la naturaleza y el hombre, así como en los entierros acudimos a las lloronas indias que comparten nuestro dolor, que de otro modo nos ahogarían, así también para criar a los niños recurrimos a las amas indias, las únicas en el mundo -sí, lo sé, he viajado tanto como tú fuera del país- que se entregan en cuerpo y alma a los hijos ajenos y los cuidan no sólo de caídas y peligros normales, sino de peligros invisibles, sutiles, aéreos... ¿Para qué seguir? Se ve que no me entiendes...

ALFONSO.- No hay mucho que entender. Las cosas son claras. En tu casa hay otra mujer, y todavía primitiva, sucia, vieja y fea, que desde que tu marido tenía dieciséis años...

CECILIA.- ¡Y vuelves a insinuarlo..!

ALFONSO.- Las cosas claras, he dicho. ¿Qué sucede en una cama, así sea de pellejos de cordero, donde se acuesta una mujer, que en ese tiempo tendría unos veinticinco años, con

un adolescente de dieciséis, en pleno desarrollo y con enormes ansias de descubrir el otro misterio del que te olvidas, el sueño permanente de los que ya no son niños, ese corriente turbadora y poderosa: la mujer, Cecilia, la mujer aún desconocida, hacia donde todos los adolescentes del mundo avanzan inexorablemente, para desnudarlas, para penetrarlas con...

CECILIA (lo abofetea).- ¡Cállate, mal pensado! ¡Basta ya! ¡Estás en mi casa y me ofendes!

ALFONSO.- ¡Despierta tú, ingenua! ¡Abre los ojos! No sólo esa india ha sido o es la amante de tu marido, sino que tú misma te abandonarás, te perderás sin remedio en este pueblo sin futuro, sin progreso alguno, sin electricidad, sin cuartos de baño, sin hoteles, sin deliciosas duchas tibias que te recorran el cuerpo, sin pistas donde aprietes el acelerador a fondo y te escapes hacia tierras nuevas o tomes el avión para conocer el mundo entero...

CECILIA (sentada, cabizbaja).- Basta ya, te lo digo sin cólera alguna. Cállate y vete. Déjame sola.

ALFONSO (pretende acariciarla).- Perdóneme, no quise llegar a tanto...

CECILIA (se pie).- Lo dicho, vete o grito. Oscuridad.

(ALFONSO sale).

ESCENA SEGUNDA

El mismo escenario. Anochece. Dos camas pequeñas y gemelas en el corredor. Luces de velas y lámparines de kerosene.

ESDRAS (entra arrastrando dos pellejos de carnero, que tiende por el suelo).- Ven, Mamé Culli, vamos a echarnos aquí.

CORINA (entra con Adegunda en brazos; la niña chilla, patelea, como presa de un ataque de nervios. CORINA la domina primero por la fuerza y luego dulce y tiernamente, susurrándole en quechua y castellano; finalmente le cante).- Eso es, mi niña, así...

ESDRAS.- ¿Ya se durmió?

ADEGUNDA (en el regazo de CORINA).- No, estoy con los ojos bien abiertos.

ESDRAS.- Pero ¿ya estés bien, entonces?

ADEGUNDA.- Por supuesto. ¿Cuándo he estado mejor? Si lo dices, no me acuerdo.

ESDRAS.- Yo también tenía esos miedos y el baño de flores no me hizo nada. Lo mejor es quedarse quieto y tranquilo, tendido sobre el pellejo, mirando el cielo lleno de estrellas. ¿Así, ves?

ADEGUNDA.- Pero yo estoy mejor aquí, en las faldas de Mamá Sueño.

ESDRAS.- Se llame Mamá Culli, que es el diminutivo quechua de Corina.

ADEGUNDA.- Papá me dijo que él la llamaba de chico Mamá Sueño y yo la llamo igual. ¿No es cierto, Corina?

CORINA.- Lo que tú digas, niña; pero, vamos, empieza a dormir. Tú, niño Esdras, ven, así, los tres juntos, como muertecitos bien abrazados. (Se tienden sobre los pellejos).

LUCAR (entrando con CECILIA).- Estoy rendido, ha sido el día muy duro. Dos viajes a la chacra, un caballo chúcaro que se escapó del corral, una recua de caña que tuve que traer de La Pampa, y para remate, un borrico cargado de víveres que se nos cayó del puente...

CECILIA (cogida de su mano).- No te preocupes más, mi cielo; salvaste casi toda la carga ¿verdad?

LUCAR.- Sí, pero era un buen borrico, hasta parecía una hermosa mula... Ah, qué agradable noche. Así, mirando arriba, recuerdo otra vez que no he terminado los altos para darte las comodidades a que tienes derecho.

CECILIA.- Nada de eso, lo acabarás cuando haya tiempo. Total, ya me arreglé un cuarto enteramente mío: seré de costura y lectura por las tardes, y por las mañanas mi atelier, como si fuera yo una verdadera pintora.

LUCAR.- Lo haces muy bien, no seas modesta.

CECILIA.- Debí estudiar más en la escuela de bellas artes; pero, ya que perdí ese tiempo, sólo debo hacer lo que hacen muchos, ser una autodidacta, aprender por mí misma con el ejemplo de otros cuadros y de reproducciones en los libros. ¿Por qué no? En peores condiciones han pintado muchos artistas. ¡Y aquí hay tanto que expresar, que transmitir, la vida elemental, el esfuerzo de cada creación humana, por humilde que sea! En este pueblo soy amiga de carpinteros, de dueños de fraguas y herrerías, de talabarteros, de albañiles, todo lo hacen espléndidamente con las manos...! Oh, sí, me gusta el pueblo, y también la casa, es fuerte y no sólo está llena de nosotros sino de animales y plantas... Sí, gracias, cielo, por traerme...

LUCAR.- No habrás las comodidades de la costa, pero acá eres más dueña de ti misma y ves mejor el fruto de tu trabajo. Lo has entendido muy bien, digo, para ser una costeña (ríe).

CECILIA.- Y estamos mucho mejor que en el departamentito de Chimbote. Por las mañanas veo la casa llena de espacio y luz, sobre todo de luz, tan importante para mí. Por las tardes el mundo cambia profundamente, nacen otros colores, todo camina hacia el amarillo. Y por fin la noche es un

espectáculo escalofriante o hermoso, según se mire, no es vacía como yo pensaba de niña, ni una cáscara gigante que todo lo envuelve, ni menos una campana negra que de vez en cuando emite ruidos, suspiros, gritos de venganza o auxilio, qué sé yo. No me extraña que Adegunda esté en la época del miedo a la oscuridad; pero pronto seguiré los pasos de Esdras, él ya se curó: el otro día me acompañó a casa de don Leoncio y le hizo frente a un perro enorme que se me venía encima; yo no lo había visto, a oscuras y sin linterna como estábamos. Me quedé temblando ante lo que sólo fue para mí un aliento de toro bravo, o de lobo, o de jabelí; pero Esdras se interpuso y a punta de voces y luego de caricias lo dominó completamente. ¡Si hubieras visto! El perro casi salvaje del comienzo le bailaba alrededor cuando nos vinimos.

LUCAR.- Me alegro que ya sea un hombrecito.

CECILIA (reparando los bultos del suelo).- ¡Mírelos, aquí están con Mamé Culli, no los había visto! Se están a dormiendo antes de ir a la cama. Es una buena costumbre: primero relajarse, olvidar minuciosamente el día, quedarse quieto y protegido, y luego, paso a paso, como deben marchar las cosas, entrar en las puertas del sueño. Ignoro cómo, pero alguna vez pintaré eso.

LUCAR.- ¡Con tal que el cuadro no salga todo negro..!

CECILIA.- Te burlas ¿eh? Ya verás. (Se sientan en la banca).

LUCAR.- ¿Quieres fumar? Ya debiera estar aquí tu hermano.

¿A qué hora dijo que vendría a despedirse? No volvió a comer.

CECILIA.- Quizá no venga, no lo esperes. Tiene un par de amigos jerenistas... Estaré oyendo alguna guitarra; es lo único que le gusta de la sierra.

LUCAR.- Me he dado cuenta. Y quizá inclusive te haya incitado a volver a la costa ¿verdad?

CECILIA.- Sabes bien que sería inútil; mi vida está acá.

LUCAR.- Me gustaría que él te oyera decirlo así de claro.

CECILIA.- Si viene, me oirás, no tengo ningún reparo. Por la mañana estuvo diciéndome cosas desagradables.

LUCAR.- ¿Como cuáles?

CECILIA.- ¿Quieres saberlo?

LUCAR.- Por supuesto.

CECILIA.- ¿Estés seguro?

LUCAR.- Adelante, mujer, ¿por qué no?

CECILIA.- Dijo, por ejemplo, que tú, al dormir ya de muchacho con Mamé Culli, podrías haber sido su amante.

LUCAR (riendo).- ¿Ah, sí? Debiera molestarme, pero me río de esas conclusiones tan simples y tan sucias al mismo tiempo. Alfonso es menor que yo y vivimos en regiones distintas del mismo país, aunque se supone, en términos generales, que nuestra educación y algunas de nuestras costumbres son las mismas. Pero lo cierto es que tu hermano no nos entiende en absoluto. ¿Qué tiene de malo o de vergonzoso, por ejemplo (a medida que LUCAR habla, CORINA carga a los niños dormidos hasta sus camas, los cubre con las frazadas y ella se tiende a sus pies, sobre los pellejos del suelo), que mientras tú y yo conversamos Corina adormezca a los niños, y que conforme los chicos entren en un profundo sueño, ella los lleve a sus propias camas, y que además Corina se tienda en el suelo, al pie de sus cetros, en el supuesto caso de que despertaran a media noche? ¿Dónde hay un escándalo en todo esto? Sí, hablando del aspecto puramente sexual, al que se refiere tu famoso hermanito, sus ideas de joven cos-

teño son para reírse (ríe).

CECILIA.- No te rías tan fuerte. Vas a despertarlos.

CORINA.- Hablen no más, mamita. Ya no se despiertan por nada.

LUCAR.- ¿Lo ves? Es como una cura de sueño. Luego, a las dos de la mañana, Esdras gruñirá un poco y nada más, y Adegunda llorará su poquito, dará su concierto, pero ya menos que otras noches en que creí que nuestra hija iba a alocarse.

CECILIA.- Tienes razón, con tantas cosas que le han pasado a esa chica, es una suerte que vaya mejorando entre las manos de Corina.

LUCAR.- No te muevas... A mí también me ha entrado una pereza, un cansancio... Pondré mi cabeza en tus faldas y me quedará un rato tendido.

CECILIA.- Como quieras. Dame un cigarrillo. Descansa no más. Yo fumaré en silencio. (Media oscuridad).

(La escena se aquieta. Entre ALFONSO. ESDRAS se despierta y gruñe. CORINA se levanta del suelo y se tiende sobre la cama, junto al niño).

ALFONSO (susurrando).- ¡Quita de ahí, india sucia! ¿Qué quieres hacerle a mi sobrino?

CORINA.- Lo cuido, señor.

ALFONSO.- A mí no me engañes. Y después lo violas, mitad despierto y mitad dormido ¿eh? O al menos lo manoseas a tu regado gusto... Te atraen las cosas de hombre, aunque sean chiquitas ¿no?

CORINA.- Es usted un cochino, señor.

ALFONSO.- No abuses de él. Si quieres, métete con hombres, no con niños ni muchachos como has hecho toda tu vida.

CORINA.- ¡Cochino!

ALFONSO.- ¡Cochino, cochino! Es fácil decir eso, cuando en

este maldito pueblo no hay mujeres superadas ni libres. Las casadas están con sus maridos y las solteras durmiendo con las puertas bien cerradas, Y las viejas señoritas solteronas, que se mueren por un hombre y envejecen más cada noche, están llenas de miedo, temblando, enfermas de hipocresía, pero incapaces de abrir los zaguanes y hacernos pasar... Y un hombre joven y solo como yo, ¿qué hace, Corina, en este rincón del mundo? Dímelo. Te llamo a ti, ¿verdad? Y tú vas a la cama de tu señor a cualquier hora...

CORINA.- ¡Nunca he ido para esas cochinas, nunca! ¡Y cierra tu boca sucia, vas a despertar a mis angelitos!

ALFONSO.- Vamos, aunque sea contigo... Ven, chola del demonio, trae tu pellejo más aquí, y desnúdate como lo haces con Láscar...

LUCAR.- Te he dicho que no, cuñado... (ALFONSO, que no lo había visto en la penumbra, se estremece. LUCAR deja a su mujer dormida sobre la banca y avanza hacia él). Lo mejor que puedes hacer es largarte sin molestar a nadie. Te prepararemos una cena de despedida, creyendo que eras un hombre más o menos normal, más o menos cortés, pero ahora sólo puedo decirte ¡largó, vamos, vete!

ALFONSO.- Claro que me iré; pero no sin decirte lo retrógrado y anticuado que eres, todo un antiguo señor feudal, un pequeño gamonal de los de horca y cuchillo, rodeado de siervos complacientes, pero no de personas dignas y civilizadas...

LUCAR.- ¿Yo, retrógrado y feudal, cuando el otro día, apenas llegado, te revelaste como un tremendo conservador, suponiendo que todo el país se reducía a esos pequeñísimos barrios limeños de Miraflores y San Isidro, nombres con los que te llenas la boca? ¡Fuera, mocoso, ve a masturbarte...! O si eres hombre, te daré una dirección: toma a la derecha, cuenta diez casas y te darás con una puerta muy pequeña; toca

tres veces seguidas, dices que vas de mi parte -si no, no te recibiré nunca- y ahí te darás con una muchacha estupenda, de esas con quienes sueñas pero que eres incapaz de buscar por ti mismo, ¡so pedazo de idiota! Yo te la presenté anteayer ¿recuerdas? Ni siquiera has sabido descubrirla... ¡Hay que saber enamorar, hacer la corte, temblar verdaderamente de deseo! ¿O es que sólo has tratado a putas...? ¡Largo, adiós, déjame tranquilo..!

ALFONSO.- Sí, adiós, hacendado de pacotilla, hueles a indio! ¡Qué desgracia ser tu pariente! ¡Adiós, mi pobre hermana..!

LUCAR.- No te acerques a ella, te lo advierto...

(Sale ALFONSO. LUCAR vuelve a la banca y anida en sus brazos a CECILIA, que no ha despertado).

LUCAR.- ¡Uy, qué día..! ¡Cuántas cosas..! Estoy cansado... Buenas noches, Mamá Sueño.

CORINA.- Buenas noches, niño Lucar.

(A poco, CORINA se levanta, arroja bien a los niños y después se acerca a la pareja dormida. Toma a CECILIA en brazos y la introduce por la puerta de los dormitorios. Al volver, finalmente carga a LUCAR y hace lo mismo con él).

TELON